

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

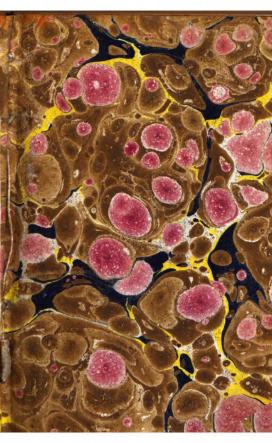
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + Manténgase siempre dentro de la legalidad Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com







CARACTÉRES

DE LA

VERDADERA DEVOCION.

CARACTÉRES

DE LA

VERDADERA DEVOCION.

OBRITA

BECRITA EN FRANCÉS

por

EL ABATE GRÓ

TRADUCIDA AL CASTELLAN

R. P. F. RAFAEL PALAU,

monje Benedictino del monasterio de Monserrat.

Præbe, fili mi, cor tuum mihi. (Prov. xxIII, 27).

Con aprobacion del Ordinario.

Libřería Beligiosa. 1851.

CABÁCTER

DE LA

VERDADERA DEVOCION.

Į,

A pesar de haberse enfriado generalmente la piedad, son muchas las personas que profesan todavía la devocion, aunque son pocas las que tienen de ella una idea verdadera, verificándose el que cási todas siguen en este punto sus preocupaciones, su imaginacion, su genio é su amor propio. De aquí proviene esa multitud infinita de defectos á que están sujetos los devotos de uno y otro sexo, de toda edad, condicion y estado; defectos que sin motivo se atribuyen á la devocion. No todas ellos

son contrarios á la salvacion; pero no obstante son dañosos á la perfeccion, y ponen obstáculo á la santidad. Además son ocasion de burla y de blasfemia para los mundanos; son para los débiles un motivo de escándalo, y para el comun de los cristianos un pretexto que les hace permanecer en su relajacion, y les aparta de entregarse á la vida devota. ¡Qué razones tan poderosas no son estas para obligar á las almas piadosas y sensibles por la gloria de Dios, por sus propios intereses, y por los del prójimo á concebir una nocion exacta de la devocion, segun nos la presenta el Evangelio, y á procurar expresarla en su conducta!

Yo me propongo delinearles un cuadro fiel de ella en esta pequeña obrita, y les convido á que observen con atencion todos sus rasgos, y á echar en seguida una ojeada sobre sí mismas. Pero centro es tan ciego el amor propio y la voluntad humana tan cobarde, no me

atrevo á esperar que se reporten de semejante comparacion todas las ventajas que naturalmente deberian prometerse; ya porque muchos no querrán verse retratados como son; ya porque un continuado hábito, que cási ha pasado á naturaleza, quitará á muchos el ánimo, y aun el deseo de reformarse; ya finalmente por hallar el modelo demasiadamente perfecto, y desesperando de poder alcanzarlo, ni siquiera se atreverán á ponérselo delante.

Sea como fuere, me tendré por muy feliz si consigo que sirva de provecho, aunque no sea sino à un pequeño número. Por otra parte mi escrito no se dirige solamente à las personas devotas: son muchos los cristianos que andan fluctuando entre una vida comun, y una profesion manifiesta de la piedad sólida. Este escrito es tal vez el medio de que Dios quiere servirse para decidirles, y fijarles resueltamente en el bien. Cada dia se ven pecadores que

vuelven á Dios, habiendo ignorado hasta el presente qué cosa sea servirle, y sin duda gustarán de poderse instruir sobre ello en un librito cuya lectura no pide sino unas cuantas horas. Por fin, la juventud, que comienza á entregarse á Dios, tiene necesidad de ser instruida, y de conocer el verdadero camino que conduce á él. Como no tiene ni preocupaciones que combatir, ni malos hábitos que enmendar, bastará indicarle el camino, para que entre en él por sí misma, y de este modo se preserve de todos los engaños y de todas las imperfecciones de una devocion mal entendida.

A ella es á quien principalmente recomiendo la lectura de este libro. Los que están encargados de su educacion podrán ponerlo entre sus manos, cuando juzguen que se halle en estado de entenderlo y de aprovecharse de su lectura, esto es, hácia la edad en que la razon y el corazon están suficientemen-

te desarrollados, porque creo que no seria del caso hécerselo leer antes. La primera impresion es siempre decisiva por lo que mira al buen ó mal éxito de un escrito piadoso: si el concepto que se forma es poco agradable, con dificultad vuelve á leerse. Por esto vale mas esperar tiempo oportuno para que aquel pueda ser sólido y profundo.

II.

¿Qué cosa es devocion? Cada cual la define á su modo. Para un libertino, ser devoto es creer en Dios, y tener algunos principios de religion. Para un santo, es abismarse y perderse en la inmensidad de Dios. Entre estas dos definiciones extremas, hay un número cási infinito que son intermedias, las que son mas ó menos exactas á preporcion de lo que se acercan á la una, ó se alejan de la otra.

Para definir exactamente la devocion

me atendré à la misma palabra, y à la idea que ella expresa. La palabra devocion es latina, y se traduce convenientemente en nuestro idioma por la de dedicacion, consagracion ó donucion '.-Ser, pues, devoto es lo mismo que estar dedicado à Dios. Sobre la idea que presenta al entendimiento la palabra dedicacion estableceré todo cuanto tengo que decir sobre la devocion después de haber advertido que, cuando se trata de Dios y de nuestros deberes para con él, deben tomarse las palabras en el sentido mas rigoroso y mas lato.

Esta expresion, pues, es muy á pro-

¹ Así hemos creido deher traducir la palabra francesa devouement, persuadidos de que es la mas á propósito para el presente asunto; aunque no tiene, y es preciso confesarlo, tanta energía; y como en el decurso de este escrito ocurre muchas veces la palabra dedicacion, desde ahora advertimos al lector que debe tomarla en el sentido que presenta una cosa enteramente entregada, rendida, en fin, consagrada del todo á Dios.

pósito para denotar el asimiento intimo, la dependencia absoluta y voluntaria, el celo afectuoso, en una palabra, la disposicion del espíritu y del corazon para someterse entera y absolutamente á la voluntad absoluta de una persona, para prevenir sus deseos, para abrazar sus intereses y para sacrificarlo todo por ella. Así se dice de un hijo, de un criado, de un vasallo que está dedicado ó rendido á su padre, á su amo, ó á su príncipe. Dícese tambien que un hombre está dedicado ó entregado á la ambicion, ó á otra pasion cualquiera, cuando no piensa mas que en satisfacerla; cuando busca todos los medios para conseguir su objeto; cuando á ella se enderezan todas sus empresas é intentos, de tal suerte que le absorbe tan enteramente que apenas puede ocuparse en ninguna otra cosa.

El dedicarse enteramente á Dios comprende todo esto en un grado el mas eminente; añadiendo de mas una consagracion, en virtud de la cual la persona consagrada deja de ser suya, pierde todo derecho sobre sí misma, y pertenece, mediante un acto de religion el mas santo y el mas irrevocable, al Ser

supremo á quien se dedicó.

Tal es la idea que tengo formada de la devocion, cuando explico el significado preciso de esta palabra. Convengo en que la práctica de esta dedicacion tiene su principio, su progreso y su perfeccion; pero no obstante el acto de dedicacion debe ser pleno, entero y perfecto en la voluntad cuando esta le forma. Sin alargarnos mas, y con esta simple definicion, ya puede juzgarse cuán rara es entre los cristianos la verdadera devocion, y cada uno puede conecer si de veras es devoto.

Ш.

La consagracion ó donacion que debemos hacer de nosotros mismos á Dios es única en su especie, por estar fundada en títulos que no pertenecen sino á él, y que no puede comunicar á nadie. Dios es nuestro primer principio, y nuestro último fin: Dios nos crió, v nos conserva en todos los instantes: á él somos deudores de cuantos bienes y ventajas poseemos en nuestra alma y en nuestro cuerpo: este cielo, esta tierra y todos los bienes que gozamos, obras son de sus divinas manos, y dones de su liberal beneficencia: él dispone á su voluntad de todos los acontecimientos, y su Providencia no tiene otro objeto en sus designios y disposiciones que nuestro bien.

Dios nos crió para que le conociésemos, amásemos y sirviésemos, y de este modo mereciésemos poseerle por toda la eternidad. Habiéndonos enriquecido desde nuestro primer orígen con todos los beneficios de la naturaleza y de la gracia, habia vinculado una felicidad duradera á la observancia de un precepto el mas sencillo, el mas justo y el mas fácil: y habiendo caido de este feliz estado por la desobediencia de nuestros primeros padres, Dios nos restableció en él por una invencion admirable de su amor, dándonos su propio Hijo, y vengando en él nuestros pecados, parartener lugar de hacernos gracia.

Al beneficio general de la redencion, juntad los beneficios particulares, el habernos hecho nacer en el seno de la verdadera religion, y de la Iglesia católica, la buena educacion, tantas gracias preservativas, tantos pecados perdonados, tantas reprensiones tiernas, é invitaciones secretas para que volvamos á él; y finalmente tantas señales de predileccion especial.

Dios es nuestro bien soberano, y hablando con exactitud, nuestro único bien. Como todo lo habemos recibido de Dios, de él lo esperamos todo, y no podemos ser felices sino por él. Él es nuestro rey, nuestro legislador, nuestro remunerador, y el árbitro supremo de nuestra suerte. Añadid lo que en sí mismo, la eternidad é infinitad de su ser y de sus perfecciones; y finalmente sobre todo esto lo que es para nosotros en la persona de Jesucristo.

Ahora paraos un instante para reflexionar sobre cada uno de estos títulos que no he hecho mas que enunciar; pesad toda su fuerza, estimad todo su valor, apreciad todos sus derechos, los sentimientos que exigen de vosotros y las obligaciones que os imponen. Después de haberlos considerado separadamente, reunidlos otra vez, y concebid, si podeis, la extension inmensa de vuestros deberes. Medid la capacidad de vuestro corazon; y ved si, aun cuando se deshiciese en afectos de amor, respeto, agradecimiento, y sumision, podria desquitarse de sus dendas para con Dios; y juzgad si la dedicacien que ha-ceis de vuestra persona del por gran-

Townzed by Google

- 16 -

de que sea, será proporcionada à tantos títules.

LV.

Es evidente que ninguna denacion, aunque sea la mas legitima, puede compararse con esta, y que teda dedicaeion opuesta, que atentase en lo mas mínimo contra ella, ó que no le estuviese enteramento subordinada, seria un atentado, que el mismo Dios no pedria dejar de condenar y castigar. El homenaje, el respeto, el amor y la obediencia que se rinde á cualquier criatura en tanto son justos y aprobados por Dios, en cuanto se mantienen dentro de los límites que él nos tiene señalados; en cuanto se refieren á él, y en enanto son la expresion del homenoje supremo, del respeto infinito, del amor sin igual y de la chediencia absoluta, que á ál solamente son debidos. El verdader cristiano no conoce mas que una

sola dedicacion, de la que todas las otras solo son una extension y aplicacion, á saber, la que pertenece á Dios. No consagra sino á Dios su espíritu, su corazon y su cuerpo: no respira, no piensa, no obra mas que por Dios: Dios es el principio, el motivo, y el fin de todos los deberes que cumple con respecto á sus semejantes.

V.

El primero, y grande objeto de la devocion, ó dedicacion á Dios, es la gloria del mismo Dios, y el cumplimiento de su voluntad. Dios no pudo proponerse otro fin en todas sus obras, y no permite al cristiano sustituir otro, antes bien se lo prohibe. No existimos sino para glorificar á Dios, y le glorificamos amándole y obedeciéndole. Esta gloria de Dios debe tener el primer lugar en nuestros pensamientos y deseos; debe ser el gran móvil de nuestras

acciones, y cualquier otra intencion por santa y buena que sea, debe ser considerada como de órden secundario.

Esto es lo que nos enseña Jesucristo en la oracion que nos propuso, y cuyas primeras peticiones no miran mas que á Dios, y á los intereses de su gloria. « Padre nuestro que estás en los cielos, «santificado sea tu nombre,» Que todas las criaturas racionales os alaben, os adoren y celebren á porfía vuestra santidad; que os imiten haciéndose santas, porque Vos sois santo; y perfectas, porque sois perfecto; y así seais santificado en ellas y por ellas. - «Venga «á nos el tu reino;» que todas os reconozcan por su único soberano; que os constituyan dueño absoluto de su corazon, y os inviten á ejercer en él vuestro supremo dominio, del cual sois tan celoso. - «Hágase tu voluntad así « en la tierra como en el cielo. » Los Angeles y los Bienaventurados no reconocen otra ley que vuestra voluntad:

ella es el principio del órden, de la paz y de la caridad que reina entre ellos, pues ponen toda su dicha en cumplirla. Que suceda lo mismo aquí abajo entre los hombres, de suerte que no usen de su libertad, sino para someterla no tan solamente á vuestras órdenes, sino tambien á lo que sea de vuestro mayor agrado, y á las disposiciones de vuestra adorable providencia. Tales deben ser los deseos mas íntimos y mas ardientes de la verdadera devocion. ¿Y son estos los nuestros? ¿ Está acorde el corazon con la boca que cada dia las pronuncia? I nuestras intenciones y obras corresponden á la sinceridad de nuestras súplicas?

VI.

El segundo objeto que se propone el verdadero devoto, es su propia santificacion, que desea con todas veras no para hermosear y perfeccionar su alma, sino tan solo para cumplir con un mandato del mismo Dios, y porque sabe que con ello le agrada, y contribuye à su gloria. Los esfuerzos que hace para adquirir las virtudes no tienden à complacerse en ellas, sino à dar gusto à Dios: y ni siquiera tiene empeño en saber si le agrada, obrando con rectitud y simplicidad, sin buscar como darse testimonio à sí mismo de la bondad de sus acciones.

Del mismo modo, si evita cuidadosamente todo pecado cualquiera que
sea, y toda imperfeccion, no es porque
considera esto como una mancha y deformidad para su alma; sino porque es
una ofensa de Dios, un desórden que
ofende á la santidad y pureza de sus
divinos ojos, un objeto que le es odioso, y que provoca su indignacion: de
modo que al mismo tiempo que está
pesaroso por una falta que ha cometido
por respecto á Dios, se goza por otra
parte del sentimiento de humildad y

abyeccion que en él engendra semejante falta. Asimismo aspira á la santidad ne para apropiarsela, y poseerla como un bien suyo, sino para hacer de ella un homenaje á Dios y tributarle toda la gloria como á única fuente de toda santidad.

Quiere ser santo, no á su modo y segun sus ideas, sino segun las de Dios. No ignora que su santificacion es mas bien obra de Dios que suya; que léjos de poder trabajar por sí mismo, no haria mas que echarlo á perder todo, si fuese el primero en trabajar en ella; que pertenece a Dios el comenzar, continuar y acabar, y el, dejar obrar á este grande Hacedor, no oponerle ningun obstáculo, y ayudarle con su consentimiento y cooperacion.

Finalmente sus deseos no le llevan à una santidad sublime, moviéndose por una falsa elevacion de sentimiento, y por una emulacion celosa de igualarse con ciertas almas privilegiadas;

sino á los que la entienden y practican mal.

Así en las ideas infinitamente sencillas y exactas del divino entendimiento, los otros dos objetos se reducen al primero y se confunden con él, pues donde ve Dios la gloria que espera de nosotros, allí mismo ve nuestra felicidad. Por esto el verdadero devoto no mira su santificacion, sino como un medio de glorificar á Dios, y á su felicidad, sino como encerrada en la gloria del mismo Dios, de la que aquella es una consecuencia. De aquí es que el principal fin del hombre devoto y el grande objeto de todas sus acciones son esta gloria de Dios, no dudando que se hará santo y feliz á proporcion de lo que la habrá procurado, aunque no piense en ello en particular. No excluye por eso los otros dos objetos; muy al contrario piensa en ellos con frecuencia; pero el primero le arrebata, y le encubre, por decirlo así, los otros dos.

No sucede así con el devoto vulgar. Su propia salvacion es el objeto á que da toda la preferencia, y en que pone la mayor atencian, y su espíritu no lleva otra mira. Si practica lo que juzga conveniente para ello no es sino para asegurarla; evita lo que cree que puede exponerla, y en esto está toda la medida de su santidad, y no va mucho mas allá. Por lo tocante á la gloria de Dios es cosa rara para él obrar directamente por ella, aunque se guarde de tomarse la libertad de hacer cosa ninguna que le sea opuesta. Así es como el amor á sus intereses, al que da la ventaja sobre todo, le hace trastornar el órden que Dios quiere que guarde en estos tres objetos; y de aquí provienen todos los defectos de su devocion.

VIII

Pero vengamos á los pormenores de las cualidades que caractérizan la dedicacion á Dios. Nadie ignora que la devocion por cualquier aspecto que se la considere es cosa sobrenatural: es sobrenatural en su objeto, que es Dios conocido no solo por la razon sino tambien por la fe: es sobrenatural en sus motivos, en sus medios y en su fin: es sobrenatural, por ser imposible al hombre concebir su idea por sus solas luces, abrazarla por su sola voluntad, y ponerla en práctica por sus solas fuerzas: y finalmente es sobrenatural porque léjos de favorecer en nada á la naturaleza corrompida, la combate y se propone reformarla.

Por consiguiente nadie puede aficionarse á la devocion sino por la accion de la gracia, que ilumina el entendimiento, solicita la voluntad, y fortifi-

ca la libertad: ni tampoco puede mantenerse en ella, hacer progresos, ni alcanzar su perfeccion, sino con el so-

corro de la misma gracia.

Y como, á excepcion de ciertas gracias que previenen del todo al alma, Dios no concede las otras sino por medio de la oracion, de aquí se sigue que la primera cosa que inspira la devocion es un atractivo por la oracion; ó antes bien ella misma es este espiritu de gracia y de plegarias que por boca de un Profeta Dios promete derramar sobre su pueblo. Es un espíritu de plegarias, á saber, una disposicion, una tendencia habitual del alma à elevarse hácia Dios, y unirse con él, adorando su suprema majestad, dándole gracias por sus beneficios, pidiéndole perdon de los pecados que ha cometido, y solicitando los socorros espirituales necesarios á su flaqueza; es un espiritu de gracia, porque esta disposicion y esta tendencia son efectos de la gracia.

Digo una disposicion habitual, que siempre subsiste en el fondo de la voluntad, que la mantiene de continuo vuelta hácia Dios, y que, segun la ocasion ó necesidad, se manifiesta por actos expresos y formales, proferidos por la boca, ó hechos con el corazon. Los actos expresos no pueden ser continuos; pero el afecto interior que los produce y anima puede y debe serlo. Y de esta elevacion habitual del alma hácia Dios debe entenderse el precepto de Jesucristo: «Conviene siempre «orar y no desistir de ello.»

Alma cristiana, si tienes este espíritu de oracion, tienes la verdadera devocion; pero no lo posees todavía, si solamente te lleva á la oracion el deber y la necesidad, y no el gusto y el atractivo; si este ejercicio te es penoso, si te repugna, si te cuesta grandes esfuerzos; si estás en el floja, tibia, voluntariamente distraida y enojosa; si cuentas los instantes; si lo abrevias

cuanto puedes; si, finalmente, pagas à Dios esta deuda del mismo modo que un mal deudor se descarga de las suyas. De este modo puede uno orar à menudo y de continuo por hábito, rutina, respeto humano, ó porque la regla ó el estado lo exigen, sin tener espíritu de oracion: no obstante nada hay mas frecuente.

IX.

Mas este espíritu de oracion es un espíritu evidentemente interior, puesto que es un espíritu de gracia, y «el «espíritu que pide por nosotros con ge-«midos inefables; el espíritu del Hijo, «que Dios envia á nuestros corazones, «que clama: ¡Padre, padre!» esto es, que forma en nosotros el afecto filial, que viene á ser como un grito continuo del corazon hácia Dios nuestro Padre. Este divino Espíritu es mas interior que todo cuanto hay de mas ínterior que tod

timo dentro de nosotros, y extiende su accion sobre las mas nobles facultades de nuestra alma, que son entendimiento, voluntad y libertad. La verdadera devocion, pues, es esencialmente interior; reside en el fondo del alma en donde inspira buenos pensamientos y dulces sentimientos; y desde dentro se extiende por defuera, y da vida á todas las obras exteriores de piedad.

En efecto, ¿ qué seria una devocion puramente exterior, que no consistiese sino en palabras y vanas protestas, ó en acciones que no tuviesen su orígen en el corazon? Solo seria un simulacro de devocion, con que se podria engañar á los hombres que no juzgan sino por las apariencias; pero que no engañaria jamás á Dios, cuyas miradas se van directamente al corazon. No cuidan mucho los hombres de la buena voluntad de quien los obliga, con tal que les hagan servicios útiles: pero ¿ qué necesidad tiene Dios

de nuestros homenajes? solamente los aprecia en cuanto le son gloriosos, y no son tales sino en cuanto son since-

ros y nacen del corazon.

La devocion es tambien interior, porque aparta el alma de los objetos exteriores que la disipan, llamándola á sí misma, y reconcentrándola en Dios, quien allá dentro la hace sentir su presencia, enseñándola además á recoger sus sentidos, á sujetar la imaginacion, á contener los vanos pensamientos, á calmar las agitaciones, á fijar la inquietud de sus deseos, y á reunir todas sus fuerzas para mantenerse unida con el objeto á quien está dedicada. Por medio de esta union interior con Dios, santifica el alma no solo sus oraciones vocales y mentales, el ejercicio de sus deberes y de sus buenas obras, sino tambien las acciones corporales, como el beber, el comer, dormir, y aun aquellas que parecen mas indiferentes, como son las conversaciones,

Google "

y los honestos desahogos que sabe referir á la mayor gloria de Dios, siguiendo el consejo del Apóstol.

La devocion da al cristiano el conocimiento experimental de esta sentencia de Jesucristo: «El reino de Dios «está dentro de vosotros;» sentencia cuvo sentido nadie comprenderá sino el verdadero devoto. Dios ejerce su reinado sobre el alma que le está dedicada por la operacion de su gracia, y la hace atenta á su voz, por la cual la intima en todos los momentos su voluntad. Y como esta voz es de una delicadeza infinita, y no puede ser oida en la disipacion, en el tumulto y turbacion de las pasiones, el alma, que. por un toque profundo ha sentido una vez sus encantos, y que conoce cuán ventajoso es para ella ser dócil á semejantes atractivos, procura mantenerse en el recogimiento, en la calma, en una cierta soledad interior, y en una extrema atencion para no perder ninguna de las instrucciones y advertencias que Dios quiera darla. Así es como el servidor dedicado á su amo, y que siempre está dispuesto á cumplir sus voluntades, no se deja distraer por cuidados extraños, está siempre atento á todas sus palabras, se aplica á entenderlas bien, y hasta observa sus ojos, sus gestos y las mas pequeñas señales de sus intenciones.

Esta atencion debe ser continua, porque la accion de la gracia sobre el alma lo es tambien. Es un hilo que la dirige, que conviene tenga siempre asido de su mano, y del que no puede separarse un instante sin extraviarse. De este modo, cuando el alma se ha entregado seriamente á Dios, experimenta que sus avisos interiores son continuos, y se hacen notar sensiblemente hasta que haya adquirido el hábito de obrar en un todo por el espíritu de la gracia: y cuando este espíritu se haya hecho familiar y como natural, le si-

gue cási sin advertirlo; aunque no por eso su influencia sobre todas las acciones deja de ser mucho mas grande. Si se me objeta que una atencion tan fuerte y tan continua es muy incómoda; responderé en primer lugar, que el verdadero devoto no hará jamás semejante objecion, y que ni aun le ocurrirá á la mente; y esta respuesta no tiene réplica para cualquiera que comprende lo que es estar dedicado á Dios. En segundo lugar digo, que si hay trabajo, el amor lo endulza, y que el hábito hace fácil lo que costaba mucho al principio.

X.

.Sin embargo de lo dicho seria una grosera ilusion el creer que la devocion no puede ser sino interior; y bajo pretexto de que Dios ve lo de adentro, suprimir la oracion vocal, y las otras demostraciones exteriores. Somos hom-

bres, y no puros espíritus, y así es justo que el cuerpo tome parte en los homenajes del alma, y que nuestros principales órganos se empleen en las alabanzas de Dios, pues para esto los hemos recibido, y este es el mas noble uso que de ellos podemos hacer: es menester que el hombre entero adore

y ruegue.

Además, el alma tiene necesidad de excitarse á la piedad y de sostenerse en ella por las cosas que hacen impresion en los sentidos. Así el aparato exterior del culto, el órden, la majestad de las ceremonias, los movimientos é inflexiones del canto, la vista de los cuadros y de otros objetos preciosos, son cosas necesarias para mantener la devecion. La compostura decente y humilde del cuerpo, las rodillas dobladas, las manos juntas, los ojos modestamente bajos ó elevados hácia el cielo, son otras tantas expresiones del respeto y de la atencion del alma en la

oracion, que naturalmente y sin hacer reflexion á ello está inclinada á acompañar sus sentimientos con semejantes indicios exteriores.

Añadid á esto la edificacion que se debe al prójimo, que no puede juzgar de nuestra piedad sino por lo que aparece defuera; y que siendo la religion el primer lazo de la sociedad, exige un culto comun y público, y por consiguiente exterior, en que los hombres enderezan á Dios los mismos votos y las mismas oraciones, animándose mutuamente á cantar sus alabanzas. El ministerio eclesiástico, que es de institucion divina, es una prueba evidente de la necesidad de un culto exterior.

No ha existido jamás un verdadero devoto, aunque se hallase en una soledad, que no haya tenido todos los dias tiempos señalados para la oracion vocal. El mismo espíritu interior mueve á hacerlas, aun á aquellos que mas se aplican á la contemplacion; y si en

algunas ocasiones pasajeras el atractivo ó recogimiento fuese tan vehemente que obligase á suspender este modo de orar, seria preciso volverlo á practicar tan luego como se tuviese mas libertad de espíritu.

Ya sea, pues, que se ruegue á Dios en los lugares que están destinados para las reuniones de los fieles, ó va sea á solas, conviene entregarse de tal modo á la oracion mental que no se omita de ninguna manera la vocal. La primera no podria sostenerse mucho tiempo sin la segunda, y degeneraria infaliblemente en una soberbia y peligrosa ociosidad. Porque tanto como es dificil hacer bien la oracion vocal sin el socorro de lá mental, con la que se alcanza el espíritu interior, otro tanto lo es el que pueda mantenerse el alma en la desnudez de la contemplacion; sin ayudarse de cuando en cuando de la vocal: Sucede ordinariamente en la oracion que el alma vivamente pene-

Y así por mas que digan que las oraciones escritas y ordenadas las mueven mas y alimentan su devocion, yo tengo poca confianza en semejantes actos metódicos y bien dispuestos, en que se expresan con bellas palabras sentimientos á veces bien extraños á aquellos que los pronuncian, y tal vez al mismo que los ha compuesto. Pero demos que por la primera vez les muevan por causa de su novedad: la impresion que les hacen afectará siempre mas á su imaginacion que á sus corazones; y al cabo de algun tiempo unas fórmulas repetidas todos los dias llegarán á cansarles ; ya no les harán mas impresion, les causarán enfado y las dirán maquinalmente y de memoria. De aquí es que les será preciso buscar otras, de las que se disgustarán del mismo modo; y agotados bien pronto todos los devocionarios, ya no sabrán á donde recurrir.

¿ Por qué, pues, no se acostumbran

mas temprano á recogerse, y á huscar, como David, en su mismo corazon la oracion que quieren hacer á Dios, lamentándose delante de él de nuestra frialdad é insensibilidad, y conjurándole á que supla nuestra espiritual pobreza? ¿Seria tal vez un mal modo de orar el humillarse ante Dios, reconocer la propia impotencia, atraer la gracia de lo alto por medio de profundos gemidos; y si se tiene en algun intervalo cualquier buen sentimiento, atribuirlo con reconocimiento al Autor de todo bien?

Cuando el manantial de la devocion existe en el corazon, es inagotable; los afectos que nacen de ella son siempre variados, hallando cada vez en ellos un gusto nuevo. Para expresarlos no se necesitan discursos estudiados, presentándose al punto las expresiones mas sencillas, las mas naturales y mas vivas; y hasta el mismo silencio de un corazon conmovido y enternecido es

propio es el que preside á sus oraciones, que hacen mas por sí que por Dios. Su fin principal es darse testimonio á sí mismas de que han hecho oracion, y creen tener de ello una prueba palpable cuando han rezado, hasta perder el aliento, un gran número de oraciones. Por esta misma razon algunos las pronuncian en voz alta á fin de que les sirva de testimonio su mismo oido. San Antonio, que sin duda fue un yerdadero devoto, no pensaba de este modo; pues preguntado cuál era el mejor modo de orar, respondió; «Cuan-«do se ora sin advertirlo,»

XII.

Otro de los abusos en que incurre la devocion exterior es el multiplicar de tal manera las prácticas, que apenas basta el dia para cumplirlas. Se conservan las antiguas, y cada dia se añaden otras nuevas, y esto fatiga al es-

píritu, y le quita su libertad; haciendo con frecuencia que se descuiden los deberes del propio estado, que se deje la acción por la oración, ó bien, si se ruega obrando, la atención está dividida, y no se hace bien ni lo uno ni lo otro. Es ciertamente muy santo y laudable hacer algunas oraciones jaculatorias en medio de las ocupaciones, y suspender alguna vez el trabajo para renovar la presencia de Dios; pero estos actos deben ser cortos, y mas para ejecutarlos con el corazon que con la lengua.

Algunas personas hacen consistir su devoción en permanecer largo tiempo en la iglesia, en asistir á los sermones y bendiciones del santísimo Sacramento, en no faltar á ninguna práctica religiosa donde pueda ganarse una indulgencia. Tienen su calendario, en el que están señaladas todas las flestas que se celebran en los conventos y comunidades, y les causaria escrúpulo no

asistir á ellas. Se inscriben en todas las cofradías y asociaciones, con lo que se cargan delantas prácticas y oraciones qual as abruman, haciéndose al fin preciso que el confesor se las disminuya, á no ser que estén tan aferradas que no pueda hacerlas consentir en dejar mi una sola. La intencion es buena, y da una de estas prácticas considerada separadamente lo es tambien; pero conviene guardar moderacion en todo, y en los ejercicios de piedad mas que en otras cosas. Gon la acumulacion de tantas prácticas no se ocupa el espíritu ni el corazon, sino la imaginacion; y ya se sabe cuán viva, ar-. diente é insaciable es por sí misma, so-· bre todo en el sexo devoto. Cuando el espíritu interior no hiciese otro bien que poner orden á estos excesos, é inspirar una devocion regulada, moderada y razonable, esto seria lo bastante para empeñar á las almas piadosas á entregarse á él.

XIII.

La verdadera devocion no admite ninguna reserva: consiste en entregarse del todo á la gracia, y estar resuelto á ir tan léjos como ella nos conduzca. Entregarse á la gracia, es quitar todos los obstáculos que impiden su accion, á medida que se conocen; es seguirla paso á paso con una exacta fidelidad, y no prevenirla, ni arrojarse á todos los excesos de un fervor indiscreto. En los primeros transportes del amor naciente, suele adolecer el alma de este defecto. Muchos Santos han tenido que arrepentirse de él, en particular san Bernardo, que muy pronto estragó su estómago á causa de sus violentas abstinencias. Tambien cabe en esto tentacion del demonio, quien procura acabar con nuestras fuerzas desde que emprendemos esta carrera, á fin de impedir que la concluyamos, y

de hacernos volver al mismo estado de antes. No estará expuesto á verse en este conflicto quien consulta á un director sabio, sobre todo en materia de ayunos, vigilias y austeridades, ate-

niéndose à su parecer.

Pero, fuera de esto, es evidente que apetecer la amistad de Dios, y procurar conseguirla sin hacerse violencia sino hasta cierto punto, fijar un término á la carrera del espíritu, y resolverse á no pasar de allí, no seria dedicarse á Dios, sino darse á él con medida y restriccion. Que haya alguna reserva cuando ofrecemos nuestros respetos á los hombres, es justo, porque conviene que los derechos de Dios sean siempre respetados; pero siendo Dios infinitamente superior à todo cuanto existe, y no pudiendo cosa alguna limitar el ejercicio de su dominio sobre la criatura, su servicio no es susceptible de ningunà reserva, y quien lo abraza, debe hacerlo sin excepcion ni

condicion alguna: porque dedicarse á él, es empeñarse á no reconocer otra ley que la de su voluntad suprema, y á conformarse con ella, por mas que repugne á nuestra propia naturaleza.

Y que no se alegue la propia flaqueza, ni se diga: «jamás podré hacer tal «ó cual cosa; aunque la gracia lo exija «de mí.» Porque la voluntad de Dios hace posible todo cuanto manda, porque vincula siempre á su mandato los medios de cúmplirlo. Seria Dios injusto, si, cuando nos hace entender que desea de nosotros alguna cosa, no nos diese un auxilio suficiente, puesto que nada podemos por nosotros mismos. Cuando leeis en las vidas de los Santos ciertos rasgos heróicos; al paso que los admirais, renunciais á imitarlos. Pero ¿sabeis si Dios os pedirá las mismas cosas? Y si él os las pide, ¿ por qué no podriais con su gracia lo que pudieron ellos? No os asusteis, pues; lo que hoy os parece absolutamente im-

posible de hacer, os parecerá fácil, ó á lo menos muy posible, cuando lleque el momento de ejecutarlo.

No es siempre la mala voluntad la que mueve á hacer reservas secretas cuando se emprende el camino de la devocion: si tal fuese no dudaria en decir que semejante devocion es falsa é ilusoria, y que se expondria á no cumplir sus empeños para con Dios, quien no está obligado á darnos sus gracias para que le sirvamos á gusto nuestro: y aun peligraria nuestra salvacion, por mas deseos que tuviésemos de asegurarla. La causa ordinaria de estas reservas es que, viendo abierta delante de nosotros la vasta carrera de la santidad, y consultando las fuerzas presentes, juzgamos imposible recorrerla por entero. Nos resolvemos á entrar en ella, porque tal es nuestra voluntad; pero nos formamos un plan conforme con la actual flaqueza, y á él queremos sujetarnos sin pasar mas adelante.

Error grosero, que proviene en parte de la ignorancia, y en parte del amor propio, solícito siempre de mirar por sí, y en parte tambien del demonio. que tiene envidia de nuestro progreso. Deberia pensarse que nuestras fuerzas toman su principio de la gracia; que crecen á proporcion de nuestra fidelidad; que Dios mide siempre la grandeza del socorro con la de las dificultades: de modo que, cuanto mas se avanza, tanto mas ardor se siente para correr, y mas facilidad se encuentra para vencer los obstáculos. ¿Qué se diria de un niño que sin reflexionar que su fuerza habia de aumentar insensiblemente con la edad, regulase sobre su debilidad presente el peso que deberia llevar cuando hubiese llegado á la edad varonil, no quisiera creer que entonces podria soportar un peso veinte veces mayor?

Vosotros, cualesquiera que seais, si deseais entregaros á Dios, hacedlo con

toda vuestra volumed, sin entrar en composiciones, y no os cause impresion otra cosa, sino el no tener bastante generosidad. Creed que la menor reserva os debilitaria, aunanara las cosas que consentis hacer debuena voluntad; v que al contrario el peso os será tanto mas ligero cuanto menos lo disminuyais. Esto parecerá una paradoja á quien no piensa que Dios despliega todo el poder de su gracia en favor de una alma noble y generosa, que nada~ escasea con tal de complacerle; y que un corazon encogido y miserable de obliga, contra su voluntada sara tambien de reserva por su

No es mi designio explicar por menor lo que és no tener ninguna reserva para con Dios, ni qué especie de reservas manifiestas ú ocultas entran en la mayor parte de las devociones; porque esto me haria traspasar los límites estrechos de este librito. La práctica enseñará sobre este asunto á las almas

de huena voluntad mucho mas de le que yo podria decir.

XIV.

La verdadera devocion no-admite ninguna division: «Adorarás al Señor «tu Dios, y á él solo servirás. » Tal es la ley de la devocion. La adoracion, que comprende el homenaje del espíritu y del corazon, excluye toda reserva; y el servicio que no pertenece mas que á Dios solo, excluye toda division. Todo otro servicio diferente del suyo no es legítimo sino en cuanto es una consecuencia y una dependencia de aquel. Jesucristo dice que nadie puede servir á dos señores, como Dios y el mundo, cuyas voluntades son contrarias, sus leyes opuestas, y por consiguiente su servicio incompatible. Dios me quiere todo para sí: el mundo me quiere tambien todo para él. No hay medio de conciliar ambas pretensiones, que mu-

Google of Google

tamente por dos lados; el respeto humano esclaviza y nos tiene de continuo
en agonías mortales. Queremos ser de
Dios y nos causa vergüenza pertenecer
á él; le rogamos á escondidas; nos
ocultamos con mucho cuidado para
cumplir con nuestros deberes de piedad, como si se tratase de ejecutar alguna accion mala. ¡Qué esclavitud!
¡Qué tormento! Pero al mismo tiempo
¡qué infidelidad! ¡qué cobardía! ¡qué
inconsecuencia!

¿Es esto estar dedicado á Dios? ¿No merece que le sirvamos sino ocultamente? ¿Es motivo de sonrojo confesarle por nuestro Señor? Pero decimos que lo hacemos por huir de la ostentacion. Si por este nombre se entiende hacer gala de la devocion, ofrecerla á la vista de todos y buscar los medios de que nos vean y aplaudan por el bien que practicamos, tenemos razon, pues en tal caso no hacemos mas que seguir el precepto del Evangelie. Pero entre

· Dromo by Google

este modo de hacer como gala, y temblar de que nos tengan en público por siervos de Dios, dedicados á la gloria y á los intereses de un Señor tan grande y tan bueno, hay un medio, que es, seguir nuestro camino sin embozo, y sin tomarnos pena de si serémos ó no notados; seguir rectamente nuestra conciencia; rendir á Dios, sin afectacion, pero sí paladinamente, el homenaje que espera de nosotros para gloria suya y edificacion del prójimo, haciendo en secreto tan solamente aquello que él mismo quiere se oculte á los ojos de los hombres.

El verdadero devoto sabe muy bien mantenerse en este medio. No teme que se sepa que sirve á Dios con todo su corazon, y que desprecia y tiene horror á todo lo que sabe á mundo; manifiesta llanamente su modo de pensar sobre esto en las ocasiones que es necesario, y en que es preciso pisotear el respeto humano. Pero no

.. Google

rido, y en general el fiel las del infiel. Hoy dia mas que nunca hay circuns tancias en que se puede y aun se debe observar la misma conducta. En tal caso conviene tomar consejo de un con-

fesor prudente, y seguirlo.

Pero cuando no se debe dar razon á nadie de las propias acciones, y que à lo mas solamente hay que temer la censura impotente de los mundanos, no se debe balancear un instante en despreciarla, en andar con la frente serena, y en darse á conocer sin rebozo por lo que uno es, y por lo que desea ser. ¿Los partidarios del mundo temen por ventura el declararse? ¿Lo temíais vos cuando érais de este número? Lo mas obvio es romper absolutamente con él de corazon y de afecto, y acostumbrarse á ver, juzgar, hablar y obrar de un modo del todo opuesto al suyo, y no conservar con él otras relaciones que las precisamente indispensables y compatibles con la mas deli-

- Man to by Google

cada piedad; y en lo demás renunciar su comercio, sus placeres, y su estimacion; hacerse superior á sus habladurías; estar muy gozoso como los Apóstoles, y todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de que nos critique, nos desprecie, nos vitupere, nos calumnie, y nos persiga.

La dedicacion á Dios nos pide estas disposiciones; y ella misma nos reviste de ellas, si es sincera. Cuando se ha tomado este partido sin titubear, presto se halla uno bien recompensado, aun en esta misma vida: se halla desprendido de muchas trabas, libre en lo exterior, pacífico en lo interior, y Dios está contento; la conciencia no remuerde; y el mismo mundo admira y aprueba el desprecio que de él se hace.

XV.

La verdadera devocion es de todas las edades y de todas las condiciones: v se extiende á todas las situaciones y á todas las acciones de la vida. Desde que el cristiano tiene uso de razon en el primer instante debe consagrar á Dios los pensamientos de su espíritu, y los afectos nacientes de su corazon. Dios es muy celoso de estas primicias : v el órden pide que la dedicacion á él desde la infancia sea el fruto del primer desarrollo del alma. En esta edad feliz en que todo es candor é inocencia, y en que el espíritu está mas desembarazado de preocupaciones, el corazon mas libre de pasiones, la conciencia mas pura, tambien somos mas susceptibles de una piedad sincera, tierna, simple, ingenua. «Dejad venir «á mí los pequeñuelos,» decia Jesucristo, pues que ignoran lo que es ma-

licia; el mundo todavía no los ha seducido ni corrompido; están exentos de toda mancha; su alma aun nueva es flexible á todos los movimientos de la gracia; el reino de los cielos de tal modo se ha hecho para ellos, que en una edad mas avanzada, para ser apto para él, es preciso asemejarse á la infancia lo mas que se pueda.

Corazones jóvenes, entregaos, pues, á Dios, y responded á sus dulces invitaciones. Vosotros que sois sensibles á las caricias de un padre y de una madre, probad las caricias del Padre celestial. Por vosotros especialmente se ha dicho: «Gustad y ved cuán sua-«ve es el Señor.» Dejaos embriagar muy temprano del vino de su amor, y esta santa embriaguez os preservará del licor lisonjero sí, pero envenenado, con que algun dia os brindará el mundo.

Y vosotros, padres cristianos, pedagogos de la juventud, directores de su conciencia, daos prisa á sujetarla al yugo del Señor, pues es bueno llevarlo desde los primeros años; entonces el alma se doblega y acostumbra á él sin pena; y si en adelante tuviese la desdicha de sacudirlo, le será mas fácil volver á sujetarse á él.

Cuanto mayor incremento toman las luces de la razon, tanto mas inexcusable es el no dedicarse á Dios. Las pasiones, no hay duda, comienzan á hacerse sentir, y su ruido tumultuoso tiende á sofocar la voz de la gracia. Pero es fácil imponerles silencio, cuando están al nacer, ó á lo menos preservar el corazon de su seduccion: no podrán ellas sostenerse, ordinariamente hablando, contra los ejercicios de piedad y la lectura de buenos libros, contra los santos avisos y buenos ejemplos, y el frecuente uso de los Sacramentos.

La edad viril en que la razon está en su fuerza, el corazon tiene mas consistencia, y el carácter mas solidez, seria la mas á propósito para que la gracia obrase con mas eficacia sobre el alma, para determinarla al partido de la devocion, si los cuidados de la vida, los desvelos de la ambicion, los malos hábitos contraidos en la juventud no pusiesen obstáculo. Pero no hay ninguno de que no pueda triunfar un espíritu recto y una voluntad energica. ¿Y sobre qué pretexto plausible podria un cristiano dispensarse entonces de dedicarse á Dios, de lo que experimenta mejor que nunca la necesidad y las ventajas? Si entonces es cuando se ocupa mas seriamente en aumen. tar su fortuna, ¿ no será justo que piense tambien en la morada permanente que su trabajo debe asegurarle en los cielos, y que vuelva hácia este objeto, el único interesante para él, todos sus proyectos y todos sus procederes?

En la vejez en que las pasiones extinguidas dejan al espíritu toda la claridad de sus luces, y no contradicen

tanto las determinaciones de la voluntad; en que la experiencia nos ha desengañado de los encantos é ilusiones del teatro del mundo; en que los objetos no hacen mas que una débil impresion en los sentidos amortiguados; en que las enfermedades y caducidad advierten que el fin de la vida está cercano, y que se toca ya á las puertas de la eternidad, todo invita, todo hostiga para entregarse á Dios, á lo menos en los últimos instantes de la vida, para indemnizarle, por medio de una piedad sólida, de tantos años como se le han arrebatado para hacer de ellos un uso el mas vergonzoso, y tal vez el mas criminal. No hay que admitir dilaciones; la muerte se acerca con paso acelerado, y será demasiado tarde, cuando la última enfermedad venga á sorprendernos,

La ligereza de la infancia, la fogosidad de la juventud, las ocupaciones privadas y públicas de la edad madura, lo pesado de la vejez, todo esto, no puede mirarse como motivos de dispensa, ó de excusa. La conclusion que debe sacarse es que, cada edad tiene sus dificultades que vencer, y que, en todos los tiempos de la vida, es necesario para ser de Dios, hacerse violencia.

XVI.

Lo mismo debe juzgarse de las diferentes condiciones en que cada uno puede hallarse, entre las que no hay ninguna que no presente un lado favorable á la devocion, y otro contrario; empero ninguna de ellas ofrece un motivo legítimo que excuse de ser devotos. La grandeza tiene sus peligros para la salvacion, y ningun grande puede verse libre de ellos, sino por una proteccion especial de Dios, la cual en tanto debe esperarse, en cuanto estamos dedicados á su servicio. Los em-

Maria de la compania de la compania

pleados públicos tienen grandes deberes que cumplir, y están expuestos á grandes tentaciones. ¿Quién podrá lisonjearse de poder cumplir estos deberes, y superar estas tentaciones sin el auxilio de la devocion? Los cuidados y las ocupaciones son tan multiplicados que apenas dejan tiempo para respirar; pero si el corazon es de Dios, se hallará libre en medio de tantos embarazos que se cambiarán en otras tantas ocasiones de poderle dar una prueba de nuestra obediencia y amor.

¿Cuántos se han santificado en el estado militar, en que los obstáculos parecen insuperables? ¿Cuántos en el manejo del tesoro público? Si exceptuamos algunas profesiones, contrarias por su naturaleza á la salvacion, que ya están proscriptas por el Evangelio, que nadie tiene obligacion de abrazar, y que no son sino toleradas en los Gobiernos en que reina la mejor policía;

no dudo assgurar que no hay un solo Estado en que no se hayan formado santos y en que no se formen otros todos los dias. ¿Es posible que Dios, que es el autor de las diversas condiciones de la sociedad, hubiese establecido una sola en la cual fuese moralmente imposible el salvarse? Si en algunas hay mas dificultades, tambien ha vinculado á ellas mayores socorros, como por una dichosa experiencia lo han probado cuantos se han entregado á su conducta

La devocion tambien abraza todas las situaciones. Como es igualmente ventajosa y necesaria en la salud que en la enfermedad, en la prosperidad que en la adversidad, en la opulencia que en la indigencia, en la alegría que en la tristeza, en los bienes que en los males de la vida presente; en los bienes para impedir su abuso, y en los males para ayudar á soportarlos: y como los males son incomparablemente mas comunes acá

bajo que los bienes, y todos los recursos humanos son insuficientes en muchos lances, de aquí se sigue que la dedicación á Dios, y la sumision á su santa voluntad son el sólido y único consuelo que queda al cristiano entre las aflicciones y las cruces, sean de la naturaleza que fueren.

Finalmente, la devocion se extlende por su naturaleza á todas las acciones, sin que hava una sola que no tenga por su objeto el santificarla, de modo que no daria llamarse una dedicacion perfecta, si no ordenase bajo el dominio de Dios todo cuanto puede pertenecerle, como son todas nuestras acciones libres, que por otro nombre se llaman tambien humanas. La intencion de Dios es que todas ellas se refieran á él, y que sean hechas por su gloria, y de aquí es que el verdadero devoto se las consagra todas sin excepcion alguna, y las santifica todas por esta consagracion. Él sabe que debe obrar el cris-

tiano conforme á la religion todas las veces que el hombre debe obrar conforme á la razon; que no basta que obre en estado de gracia, sino que debe á mas obrar por un principio de gracia; al modo que para obrar razonablemente no basta que el hombre tenga uso de razon, si no la aplica actualmente á lo que hace. Este principio, que es una verdad incontestable nos conduce á largas consecuencias por poco que nos tomemos la pena de profundizarlo.

Nos engañamos, pues, si nos creemos devotos porque practicamos cada dia por una cierta rutina un número de ejercicios piadosos, si vivimos por otra parte en la disipacion y admitimos sin repugnancia toda suerte de pensamientos, de deseos y acciones, con tal que nada tengan de criminal. De este modo Dios no tendria para sí mas que ciertos tiempos del dia, y en lo demás haríamos lo que nos pareciera. Pero esto no debe ser así, porque todos nues-

tros instantes le pertenecen; quiere que se empleen de un modo digno de él, y de nuestra profesion de cristiano; y no nos es libre disponer de ellos á nuestro antojo, ni perderlos, por ejemplo, en visitas, en conversaciones frívolas, en lecturas de puro entretenimiento, ó en una floja ociosidad. Los deberes del estado, el trabajo y algun corto descanso que puede concederse á la naturaleza, deben llenar los vacíos del dia; ninguna cosa debe interrumpir esa oracion continua del corazon, que Jesucristo, y el Apóstol después de él, nos recomendaron. El objeto de las oraciones ordinarias es el de atraer la bendicion de Dios sobre nuestras acciones, en las que su gracia es tanto mas necesaria, cuanto estamos mas expuestos á disiparnos, á obrar de un modo demasiado humano, y á cometer muchas faltas, cuyo conocimiento se nos escapa.

XVII.

Solo el amor puede producir la dedicación à Dios. El amor debe ser su origen, su aumento y su perfeccion, y. á su vez la práctica de esta dedicacion nutre v fortifica el amor. La devocion puede definirse, el amor de Dios puesto en ejercicio. ¿Qué vendria á ser una dedicación que no tuviese por causa principal el amor del objeto al cual se dedica? Y si en tanto estamos dedicados á una criatura en cuanto la ofrecemos nuestro afecto, en cuanto nos interesa todo lo que á ella pertenece, buscando con diligencia todas.las ocasiones para obligarla y complacerla, y no perdonando á este fin ni al reposo, ni la salud, ni los bienes, ni nuestra propia vida; ¿ cuánto mas afectuosos, vivos, ardientes y generosos deben ser los sentimientos de una alma dedicada á Dios?

Cuando él nos manda amarle con todo nuestro corazon, con toda nuestra
alma, y con todas nuestras fuerzas, ¿ no
nos manda en términos equivalentes
que le estemos enteramente dedicados? La devocion es literalmente la
práctica del gran precepto del amor de
Dios; lo que falta á la devocion, falta
al cumplimiento de este precepto; y
puede decirse de la devocion, como de
la caridad, que es la plenitud de la ley.

Así la devocion perfecta destierra el temor, del mismo modo que lo destierra la caridad perfecta. La devocion es la señal de los hijos, así como el temor es la marca de los esclavos. El temor considera en Dios un amo, un juez, un vengador, y bajo este aspecto le sirve: la devocion le considera como un Padre á quien teme, á quien respeta y á quien obedece, porque le ama. El temor puede disponer á una alma para ser devota, pero no la vuelve tal: y desde el momento en que esta alma lo

es, no domina en ella el temor, sino el amor. Luego el amor, donde quiera que esté, tiende á reinar solo, y sobre todo á desterrar el temor, que le es diametralmente opuesto; porque el temor tiene su orígen en el amor propio, que es el enemigo del amor de Dios, y la peste de la devocion.

¿ Qué pensarémos, pues, de ciertas almas que sirven á Dios por temor de condenarse, á quienes solamente impresionan las verdades terribles de la religion, y que están siempre en continuo sobresalto? ¿ A quién están dedicadas? ¿Á Dios? no, sino á sí propias y á sus intereses. ¿ Por qué temen el pecado? ¿por ser una ofensa de Dios? De ningun modo, sino porque Dios lo castiga. ¿Por qué les causa espanto el infierno? ¿Es por causa de la pena de daño, ó de la eterna privacion de Dios? Tampoco: la pena de los sentidos, las llamas eternas, hé aquí lo único que las espanta.

Sin embargo, no debemos confundir aquí el terror que nace de una imaginacion viva y débil, y que desaprueba el corazon, con el temor que tiene su origen en sentimientos bajos y serviles. Muchas personas verdaderamente devotas están sujetas á este terror, que es su tormento, y del que con trabajo pueden verse libres. Pero se debilita á medida que avanzan en la devocion, y finalmente desaparece del todo. Y no es cosa rara que muchos después de pasar toda su vida asustados por los juicios de Dios, mueran en paz en la confianza y con cierta seguridad de salvarse.

XVIII.

Por la misma causa la devocion verdadera no es mercenaria, ni interesada. Es verdad que en los principios cuando Dios prodiga al alma sus dulzuras, se aficiona con algun exceso á

ellas; las busca y esta es una de las causas de su fidelidad. Pero no tarda en sobreponerse á estas caricias, y después que Dios la ha destetado no deja de servirle con el mismo celo y exactitud que antes. El alma devota en su entrada en la carrera es como un niño; Dios la trata como á tal, y no seria justo atribuirla miras mercenarias, pues que los consuelos entonces son para ella un atractivo y un cebo. Por lo tocante á la salvacion, sea cual fuere el progreso que el alma haya hecho en la devocion, la desea siempre, y arroja de sí con horror toda indiferencia sobre un objeto tan esencial; pero la desea mas por relacion á Dios, que por relacion á sí misma. Desea su felicidad; y ¿ cómo podria no desearla? pero desea todavía mas la gloria y el beneplácito de Dios, á quien sirve, como David, por causa de la recompensa, aunque esta no es mas que un motivo secundario, siendo el amor el primero y principal. El que ama con pureza, no entrevé sino el objeto amado, à quien mira con una mirada directa, que de ningun modo se tuerce al propio interés, al que sin embargo no excluye, y aun no puede excluirle, pues que pone su felicidad en la posesion del bien que ama; pero no establece su fin en esta posesion, en cuanto le hace feliz; sino en la gloria que de esto resulta à Dios, y en el cumplimiento de su voluntad.

No me extenderé mas sobre la delicadeza de la mas refinada pureza del amor divino; pero reflexiónese atentamente sobre las cualidades de la dedicacion, que tiene á Dios por objeto, y se comprenderá cuán desprendida debe ser de toda mira interesada. No puedo decír hasta qué grado llega este divino amor en algunas almas privilegiadas que viven sobre la tierra; pues solamente ellas pueden decirlo: mas lo que es cierto, es que ninguna mira

de interés particular, ninguna complacencia propia tiene lugar en la morada de los bienaventurados; y esto mismo es lo que hace su felicidad completa. Verdad incomprensible al amor propio; verdad que le desola y desespera, porque no puede formarse idea de una felicidad, en que no tiene ninguna parte, y del que está totalmente excluido.

Toda devocion sólida, y que tiene su orígen en el amor, tiende á esta admirable pureza de miras de los habitantes del cielo; y si no puede llegar hasta aquí se esfuerza á lo menos para acercarse. Veamos si es tal la nuestra, y no temamos de sondear sus motivos para trabajar con la ayuda de la gracia en purificarlos. Sustituyamos el temor de perder á Dios, al temor de perdernos: y al deseo interesado de salvarnos, sustituyamos el de poseer á Dios, y de estarle eternamente unidos. En cuanto al fondo es una misma cosa, ni

es diferente el objeto; pero el modo de verlo es bien diferente; y esta diferencia de aspectos y motivos es lo que da á la devocion diversos grados de excelencia y de perfeccion.

XIX.

Después de lo que acabamos de decir. ¿ en qué vienen á parar todas esas devociones, que no tienen mas fundamento que el amor propio? ¡ Cuán falsas son : y cuán engañosas! y con todo ¡cuán comunes! No hablo de ese amor propio grosero, que engendra las pasiones y los vicios, sino de un amor propio espiritual que se insinúa sútilmente entrè las prácticas de piedad; de un amor propio que tiene tambien sus vicios capitales; que es orgulloso, avaro, envidioso, voluptuoso, ávido, vengativo y perezoso; que no es menos ciego, y cuyo peligro es tanto mas grande cuan-

Digitized by Google

to son mas santos los objetos á que se

apega.

En efecto, no son raras las personas devotas que alimentan un secreto orgullo, y que, semejantes al fariseo del Evangelio están llenas de estimacion de sí mismas, y de menosprecio del prójimo; que se apropian las gracias y los dones de Dios, y ninguna cosa temen tanto como verse despojadas de ellas; que tienen envidia á las almas que creen mas favorecidas, ó adelantadas; que se saborean con sensualidad en las dulzuras celestiales, siendo de ellas golosas é insaciables; que son coléricas, rencorosas, llenas de hiel y amargura, todo, segun á ellas les parece, por celo de la causa de Dios; finalmente que están inclinadas á la relajacion, á la blandura, á la ociosidad y á todo lo que lisonjea la naturaleza.

Confieso que, en los principios y aun en el progreso de la vida espiritual es-

tamos mas ó menos sujetos á estos excesos, á causa de nuestra imperfeccion natural, porque el amor propio que ve que le arrancan los bienes temporales, cuando la persona se entrega á la piedad, se abalanza sobre los bienes espirituales, se apodera de ellos y quiere hacerlos su presa, apegándose á ellos con tanta mas fuerza cuanto son de una naturaleza mas excelente. Pero el verdadero devoto se aplica á perseguirle, á combatirle y á desalojarle de todos los lugares en donde se refugia. Esta guerra es su principal objeto, y cree decaer, por poco que se relaje y debilite en sus ataques. Como el espíritu de religion despega al hombre de las cosas temporales, el espíritu de devocion le despega de las cosas espirituales, no sufriendo que se complazca en ellas, que se las atribuya, que usurpe su propiedad; y sobre estos objetos le conduce por grados á la renuncia de todos, á la desnudez y la perfecta po-

hreza. Todo lo posee entonces el corazon y á nada se siente apegado. Dios quita y vuelve, cómo y cuándo le place, sin que el alma se aflija por ello ó se regocije.

No se descubren de pronto los vicios opuestos por ser muy sútiles; pero á medida que adelantamos somos alumbrados por la luz divina, que nos enseña á conocerlos: y toda la fidelidad del alma devota consiste en atraer hácia sí esta luz, recibirla con reconocimiento, y aprovecharse de ella para enmendarse. Esto le cuesta grandes y penosos esfaerzos: necesita animarse mucho: es preciso que se haga una violencia extremada, para llegar á desarraigar enteramente estos vicios delicados; v este es el trabajo de toda la vida. Pero á la fin si corresponde á la gracia llega á conseguirlo, y se libra, en cuanto es posible, de la tiranía del amor propio. Dios, que ve su buena voluntad, acaba por medio de pruebas miseri-

cordiosas lo que ella no puede hacer por sí misma.

XX.

Siendo la devoción hija del amor, es tambien madre de la confianza; porque se confia tanto mas en Dios cuanto mas se le ama, y lo uno es regla y medida de lo otro. El amor de Dios no es un amor ciego, sino un amor fundado en el conocimiento de su bondad infinita en favor de sus criaturas. Y este conocimiento es el que nos mueve á fiarnos de él por lo tocante á nuestros intereses, y á no perder jamás la confianza: á creer que, á pesar de sus rigores aparentes, nos ama; que quiere salvarnos, y que efectivamente nos salvará si conservamos la confianza en él. «Echaos «en sus brazos, decia san Agustin, pues « que no se retirará para dejaros caer. » Y yo añado al pensamiento de este santo Doctor, que si alguna vez os parece

que se retira, es para probaros y ver hasta dónde llega vuestra confianza, para aumentar vuestra recompensa. Como esta virtud es la que mas le honra, es tambien la que mas ejercita; y para con las almas fuertes y generosas, apura la prueba hasta los últimos extremos.

La confianza tiene el lugar medio entre dos vicios opuestos, que son la presuncion y la pusilanimidad, los cuales ambos tienen el mismo origen, esto es, el amor propio. Es presuntuoso quien confia demasiado en sus propias fuerzas: es pusilánime quien no contando ni apoyándose mas que en sus propias fuerzas experimenta lo débil de tal apovo. El presuntuoso dice: ninguna cosa podrá hacerme vacilar: el pusilánime al contrario dice : el mas pequeño soplo me derribará. El que confia, dice, mirándose á sí mismo, como el pusilánime, que una nada puede derribarlo; pero mirando á Dios, añade que ninguna

dicacion: y no hay cosa mas injuriosa á Dios, ni mas perjudicial á nuestro provecho espiritual. ¿No es dudar de la bondad de Dios ó de su omnipotencia, creer, ó que no quiere ó que no puede sacar á una alma de todos los malos pasos y de los peligros mas extremados, en que se empeña apoyada en su palabra, y por una ciega sumision á su voluntad? Es absolutamente imposible que Dios falte á esa alma, y que no la socorra á tiempo conveniente: esto seria faltarse á sí mismo. A él solo toca juzgar hasta dónde debe llegar la prueba, y señalar el momento preciso en que vendrá á su socorro. Que se deje, pues, en sus manos y diga como Job: «Aunque me quite la vi-«da, esperaré en él.»

XXI.

La devocion no conduce menos al propio conocimiento que al de Dios:

y así como la confianza es fruto del conocimiento de Dios, la humildad lo es igualmente del conocimiento de sí mismo.

El hombre no se conoce, ni puede conocerse por sola la luz natural; y por falta de este conocimiento es soberbio. Pero, desde el momento en que se dedica á Dios es alumbrado por una luz celestial que le abre los ojos: comienza á verse tal cual es, lleno de miserias, débil, repugnante al bien, é inclinado al mal. Por medio del recogimiento que lo hace atento á sí mismo, conoce luego que hay en el dos hombres, de los cuales el uno es enemigo del otro; que la vida espiritual no es mas que una serie de combates que es menester sostener, y de violencias á que es preciso sujetarse. La experiencia le instruye todavía mejor: ensavándolo conoce cuán difícil es vencerse y luchar contra sus malas inclinaciones; cuánto tiempo y cuántos

Google Google

esfuerzos exige la correccion del menor de los defectos de que está lleno;
cuánto le cuesta la práctica de la virtud, por grande que sea el amor que
ha concebido por ella; qué resistencias
opone á la gracia; de cuántas flojedades, negligencias, infidelidades, se
hace culpable cada dia; cuán frágil es
su voluntad, cuán débiles sus resoluciones, cuán infructuosos sus buenos
deseos; qué imperio tienen sobre él el
mundo, el demonio y la carne; y que
sin un especial y continuo socorro de
Dios caeria á cada instante.

Este conocimiento experimental de sí mismo, junto con las luces que recibe de lo alto, le inspiran la humildad, que no es otra cosa que el sentimiento y la conviccion íntima de ese desdichado fondo de corrupcion que cada uno trae consigo desde que nace, que la edad y las ocasiones desarrollan, y que es el gérmen de nuestras pasiones y vicios. Cuanto mas adelanta

Congletized by Google

este conocimiento tanto mas profunda es esta convicción, y mas se arraiga en el corazon la humildad.

De aquí dimana el menosprecio de sí mismo, la desconfianza saludable de sus fuerzas, la preferencia sincera que da á los otros sobre sí, creyéndolos mejores que él, ó á lo menos no poniendo en duda, que si hubiesen ellos recibido. las mismas gracias, las habrian aprovechado mejor. De aquí todavia la confusion que siente á vista de los favores que Dios le hace, por la estima y miramientos que le tienen por él, y por las alabanzas que se le tributan. En vez de elevarlo todo esto, lo rebaja y envilece á sus propios ojos. Si hace reflexion sobre sí mismo, no es sino para mas humillarse; no ve sus virtudes, ignora sus progresos, y sus victorias no las atribuye sino á Dios, y sus caidas á sí mismo.

XXII

La verdadera devocion anda en cuanto le es posible por el camino mas sencillo y mas trillado; sigue la via comun y huye de los senderos torcidos: tiene horror á la singularidad, temiendo siempre ser notada y distinguida, y su atractivo es ocultarse y confundirse entre la multitud. Como es amiga de las virtudes y prácticas que son menos brillantes, pero mas sólidas, las prefiere á todas las demás. Es la humilde y tímida violeta, que no osa presentarse al público; se deja pisotear bajo la verba que la cubre, y exceptuando lo que debe al buen ejemplo y á la edificación del prójimo, cuida mucho de ocultar su conducta al conocimiento de los otros.

En ella todo es natural; nada hay de afectado ni de exquisito. Léjos de desear los dones extraordinarios, se cree

indigna de ellos, y pide sin cesar á Dios que no haga en ella ninguna cosa que pueda llamar la atencion de los hombres y la de la menor consideracion; no desea emular á los Santos que se han distinguido por sus milagros; que han tenido visiones, revelaciones, el don de profecía y otras gracias singulares, y que han sido la maravilla de su siglo. Admira y respeta á aquellos en quienes han brillado todos estos dones; pero ella escoge por su herencia la oscuridad, el desprecio, la ignominia de no ser nada, de no ser conocida sino por sus defectos, ó del todo ignorada v olvidada.

Las buenas obras que hacen ruido en el mundo no son de su agrado; prefiere las que solo tienen á Dios por testigo. Recomienda el secreto á las personas á quienes hace bien, y aun les oculta cuanto puede el orígen de sus beneficios. A sí misma quisiera ocultarlo, y que su mano izquierda igno-

tener fama de ella, y que colocasen todo el fruto de la virtud en aplaudirse y en ser aplaudidas de los otros?

No quiero decir que esta especie de devotos sean todos hipócritas, ni que lo que acabamos de decir convenga á cada uno de ellos en todo el rigor de la verdadoro: muy pocos fundan su devocion schrela humildad; que el orgullo, el mas sútil destodos los vicios, es del que menos nos precavemos; que sin comparacion es el mas peligroso y el que acierta mejor á cegarnos; que es el mas profundamente arraigado en el corazon del hombre, el mas difícil de combatir, y el que mas tiempo y trabajo nos cuesta extirpar. Digo que es mas temible para las personas que hacen profesion de una gran piedad, que para las otras, porque á la virtud es á la que principalmente se apega y de la que es propiamente el gusano que la re y la corrompe; que nunca será de-

masiada la precaucion que se tome contra él, y que si se le echa de una parte

luego entra por otra.

¿ Quereis saber cuál es la piedra de toque de la verdadera devocion? Pues es el amor de las humillaciones. El que las desea sinceramente, el que hace de ellas el grande objeto de sus oraciones, el que las recibe con alegría interior, á pesar de las rebeldías de la naturaleza, el que da gracias á Dios por ellas, el que las mira como el bien mas precioso y nada hace para sustraerse de ellas, el que se alegra de que sus faltas sean conocidas y no siente que le echen en cara sus defectos, que se dude de su virtud, que le infamen, sin querer decir contra el beneplácito de Dios una sola palabra para justificarse: este es el verdadero devoto y el perfecto discípulo de Jesucristo. Ahora pregunto: hay muchos verdaderos devotos? ¿Podemos nosotros contarnos en este número? Responda cada uno y recónozcase

Así cuando un alma se entrega á Dios, la primera cosa que le inspira es el deseo de la mortificacion exterior. Las que permanecen indiferentes ó tibias en este punto no son verdaderamente devotas. Durante el primer fervor se siente el alma inclinada mas bien al exceso contrario, é iria mas allá, si no la detuviesen los consejos de un sabio director.

Lo que tiene de esencial ese estado es no permitirse jamás cosa alguna con la única mira de satisfacer á los sentidos; no buscar placer alguno, aunque inocente, porque deja de serlo cuando uno se apega á él y se deleita en él: regular de tal modo lo que en justicia debe concederse á las necesidades del cuerpo que no se traspasen los límites de lo suficiente. Y como estos límites no tienen una medida absolutamente del cuerpo que no se traspasen los límites no tienen una medida absolutamente de inquietudos se no exponerse á equivocaciones dans se en este punto, conviene rogar

From and by Google

á Dios con instancia que nos dirija él mismo, y seguir con gran docilidad los conocimientos que nos comunique. En este punto, como en todos los otros de esta naturaleza, Dios concede el espíritu de sabiduría y de discrecion á los que se lo piden, con tal que tengan buena voluntad.

Ninguna cosa dispensa de este género de mortificacion, que mejor debe llamarse templanza y sobriedad. Pero no sucede lo mismo tratandose de austeridades. La edad, la delicadeza de complexion, son razones legitimas de dispensa: los grandes trabajos de espíritu ó de cuerpo, pueden suplir por ella: asimismo hay ciertos tiempos en la vida espiritual, en que para quitar al alma probada todo apoyo, Dios imposibilita su ejercicio, no dando fuerzas para practicarlas, ó á lo mas solo las permite muy ligeras. El verdadero devoto está resuelto en lo tocante á este punto á hacer lo que conozca ser la voluntad de Dios, á tomar consejo para asegurarse de ella, y á sujetarlo todo á la obediencia. Sobre esta materia hay tratados enteros, en donde se hallarán pormenores, que omito aquí, por no creer necesario insistir sobre ello.

XXIV.

La mortificacion de la voluntad es mucho mas importante, de mas extension y en la práctica mas difícil, que la de la carne. No conoce límites, ni excepciones; jamás debe suspenderse, y no debe temerse exceso en esto. Si me fuese preciso exponer todos los géneros de muerte por donde debe pasar la voluntad, para llegar á estar absolutamente entregada á la voluntad de Dios, y no ser sino una misma cosa con ella, habria materia para una obra larga; y así me contentaré con decir que estas muertes son diferentes segun los

designios que Dios tiene sobre las almas, y de que no es fácil forme idea, quien no se halle en el caso de expérimentarla.

Acordaos que ser devoto es estar dedicado á Dios, y por consiguiente no debeis en todo tener otra voluntad que la suya. Digo en todo, y solo Dios puede saber hasta dónde debe esto entenderse, pues que la criatura le entrega su voluntad cuando se dedica á él á fin de que disponga de ella segun su beneplácito. Es menester, pues, para esto que esté resuelta á morir aquí, y á cooperar con Dios en todo lo que haga ó permita con la mira de destruirla.

Con todo no os asusteis, ni conviene dar curso á la imaginacion sobre cosas que tal vez no sucederán jamás. Esperad en paz que Dios manifieste sus designios: no preveais nada, no temais nada, no desecheis nada, y tampoco os ofrezcais para nada en particular. Dejadle obrar, pues es infinitamente

de Dios, sino tan deseosa de cumplirla siempre como si la voluntad de Dios y

la suya fueran una sola.

Hé aquí el término de la mortificacion interior que lo es al mismo tiempo el de la devocion. Si á ese término no se dirige, no es una verdadera dedicación, ó á lo menos es una devocion muy imperfecta. Humillémonos y confundámonos; porque tal vez nos creemos devotos, y todavía no tenemos ni verdadera idea de la devocion. Los que son de Jesucristo, dice san Pablo, crucificaron su carne y la clavaron á la cruz á ejemplo de su Señor. ¿ Está crucificada nuestra carne como lo ha sido la de Jesucristo, no solo en su pasion, sino durante todo el curso de su vida? «Los que per-« tenecen á Jesucristo, dice el mismo « Apóstol, ya no viven para sí mismos, «sino para aquel que murió y resucitó «por ellos.» ¿Hemos llegado á este punto? ¿trabajamos á lo menos para llegar á él? ¿Jesucristo es nuestra vi-

da? ¿Su voluntad es la nuestra? ¿Concebimos lo que es no vivir mas para sí,

sino para Jesucristo?

San Ignacio yendo al martirio, decia: «Ahora comienzo á ser discípulo de Je-« sucristo, » El amor de su Señor lo consumia; ardia en el deseo de ser molido por los colmillos de las bestias; y con todo no se atrevia á decir: yo soy un discípulo de Jesucristo; sino comienzo á serlo: todavía no estoy sino en los primeros elementos; y segun lo decia, así lo pensaba con toda sinceridad. ¡Y nosotros creemos hacer lo bastante, hacer mas de lo que es menester por Jesucristo; creemos cási tocar á la perfeccion!... Otra vez digo: humillémonos. Los Santos tenian sobre la devocion un modo de pensar bien diferente del nuestro: no se lisonjeaban de ser devotos; este título hubiera ofendido su humildad; se ejercitaban, decian ellos, para serlo; creian estar en los principios, y esto al fin de su carrera.

Digitized by Google

XXV.

La dévocion es uniforme é invariable; porque es una adhesion permanente del corazon á Dios, adhesion que es independiente de todas las vicisitudes de la vida espiritual. Es siempre la misma tanto en las seguedades como en las consolaciones, lo mismo en la turbacion de las tentaciones que en la calma de la paz, en la privacion como en el goce, en el desamparo de parte de Dios como en los favores de la mas íntima union. De cualquier modo que Dios me trate, dice el alma devota, siempre él es quien es, y merece ser igualmente servido: mi dedicacion no debe cambiar, pues que es inmutable el que es su objeto.

La devocion es simple, y no tiene sino una sola intencion. Dios solo es su divisa. Se aplica á purificar sus motivos, elevándose sobre todo, por no ver mas que á Dios y á su voluntad. No hay en ella una mirada doble sobre Dios y sobre sí misma. El alma devota se ve, pero en Dios, y en su beneplácito que para ella es todas las cosas.

Es fervorosa, esto es, siempre determinada á hacery á sufrir todo lo que es del agrado de Dios, por mas trabajo que le cueste. Porque no llamo fervor á los transportes pasajeros que produce en el alma una gracia sensible. Los principiantes se engañan en esto creyéndose capaces de todo, mientras los tieneu y convidan á Dios á que haga la prueba; pero en cesando este efecto sensible de la gracia, cambian al instante de lenguaje, y sienten toda su flaqueza. El verdadero fervor reside en el fondo de la voluntad, y subsiste en tanto que esta no se abandona á la tibieza, á la flojedad y á la pesadez; en tanto que conserva el mismo ardor, el mismo ánimo y la misma actividad.

Es fiel y lleva la atencion y exactitud hasta una extremada delicadeza; pero sin escrúpulo ni ansiedad: fiel en las cosas pequeñas como en las grandes; fiel en lo que es de perfeccion como en lo que es de obligacion; fiel á la menor señal como á un mandato el · mas expreso. Su principio del que jamás se desvia, es no tener ninguna cosa por pequeña en lo que toca al servicio de tan gran Señor, cuya voluntad sola dá el precio á las cosas, y á quien no se puede mejor testificarle el amor que se le tiene, que yendo adelante de lo que él desea, sin esperar una órden precisa.

Es sabia y está siempre atenta á conducirse por el espíritu de Dios, sin ser inconsiderada, ni indiscreta, ni excesiva; es amiga del órden haciendo cada cosa á su tiempo, y á propósito; conociendo cuando conviene tener firmeza, ó condescender con la flaqueza de otro; atenerse á sus prácticas, ó

dejarlas por un instante en favor de la caridad.

No escucha la imaginacion, que es el escollo de la mayor parte de las personas piadosas, que las perturba, las desconcierta, las forja mil vanos fantasmas, las hace sin cesar emprender un camino, y luego abandonarlo; las sujeta á tantos caprichos, á la ligereza y á la inconstancia. Pero considera como un punto muy capital despreciarla y domarla. Por este medio adquiere una grande paz, una igualdad de humor que no se desmiente nunca, una serenidad de alma que se demuestra en lo exterior, y hace conservar un rostro alegre en medio de las situaciones mas enojosas.

XXVI.

Es dócil y no está apegada á sus ideas, que somete sin pena á los que tienen autoridad sobre ella, sacrifi-

cando su propio juicio aunque esté persuadida de su exactitud; obedeciéndoles á pesar de las mayores repugnancias; no permitiéndose ejercicio alguno que no tenga la aprobacion del superior, y no mudando nada en el modo de vivir ordinario, sin haber tomado antes su consejo.

No se juzga á sí misma jamás, ni en mal por no caer en desaliento, ni en bien, por no exponerse á la presuncion: se precave igualmente de la falsa humildad, que nunca está contenta de sus adelantos, y siempre tiene algo que reprobar en todas sus acciones, y de la falsa confianza que aplaude todo cuanto hace, y se lisonjea fácilmente de su aprovechamiento; piensa por el contrario que es mas conforme á la humildad, y mas seguro no mirarse á sí, ni pronunciar sobre su estado, sino dejarse juzgar por aquellos que están encargados de su direccion y creerlos con la misma sencillez, va sea que

aprueben, ya que condenen su conducta. La verdadera devocion que es severa para sí misma, es indulgente para los otros, condescendiendo prudentemente con su flaqueza, tomando sobre sí lo mas penoso y difícil, y llevando siempre una carga mayor que la que se le impone.

Es activá sin atropellarse, pausada sin lentitud, grave sin afectacion y alegre sin disipacion. No es minuciosa, escrupulosa, ni inquieta; no es rígida ni relajada, manteniéndose en un medio, é inclinándose antes al lado de la bondad, que al de una justicia demasiado exacta.

Aunque es celosa para el bien, y siempre dispuesta á emprender las buenas obras que la Providencia le da ocasion de ejecutar, con todo no sale á su encuentro, sino que las espera. No se ofrece, no se ingiere, no intriga, no quiere mezclarse en todo, ni parecer en todo como si ninguna empresa pu-

diese salir bien si ella no la dirigiese y se pusiese al frente. Los negocios de los otros no tienen que ver con ella; no se la ve informarse de ellos, mirarlos con curiosidad ni darles su fallo; solamente toma en ellos parte cuando la caridad la precisa, y entonces con mucho miramiento; pero con el mas vivo interés para su acierto, no ahorarando penas, ni medios, ni aun su crédito mismo, y con todo siempre dispuesta á desistir, gustando mas que este género de buenas obras pase por las manos de los otros que por las suyas.

No hace consistir su celo en declamar sin cesar y con amargura contra los abusos, aunque sean verdaderos; sino que gime por ellos delante de Dios; y le ruega con instancia que los remedie; y entre tanto si no está á su cargo el corregirlos, los sufre, y si trabaja para conseguirlo, es con tanta dulzura y paciencia como eficacia, sin atropellar, sin precipitar y sin violen-

tar cosa alguna. Aplicada á reformarse á sí misma, no trata de darse importancia para con el público, presentando planes de reforma. Sus propios defectos la ocupan demasiado para que pueda detenerse á notar los ajenos, los cuales ó no los ve ó los excusa, ó si no puede excusarlos, calla; ó en fin no habla de ellos sino por motivos de caridad, y para el bien de las personas interesadas.

Es enemiga declarada de andar en corrillos, donde todo se nota, de partidos, cabalas y asociaciones exclusivas. Esto no quiere decir que no sepa hacer eleccion de las personas con quienes pueda trabar una santa amistad, y hablar confidencialmente de las cosas de Dios. Pero estas uniones recíprocas son obra de la gracia: nada tienen de afectado, nada de misterioso, nada que demuestre menosprecio de los otros, como si fuesen indignos de ser admitidos en su sociedad. Mucho

8*

menos se ocupa en formar bandos para ensalzar á tal predicador, ó á tal director, rebajando á los otros. Este espíritu de partido caracteriza la falsa devocion, y la verdadera piedad lo repugna.

XXVII.

Por lo que acabo de decir se ve que uno de los grandes objetos de la devocion es reformar el carácter de cada uno; y esto es en efecto lo primero á que nos inclina, abriéndonos los ojos para ver nuestros defectos, sobre los que estamos demasiado ciegos; dándonos deseos de vencerlos, ánimo para atacarlos, y esperanza de triunfar de ellos, con el auxilio de la gracia.

Nadie ignora que no hay ningun carácter tan cabal que no esté sujeto á algun defecto; y que las mejores calidades naturales están siempre muy expuestas á ser vicio. La mansedumbre

degenera en debilidad, laxa compla-cencia, é indolencia. La firmeza nos expone á la terquedad, á la dureza, á la obstinación; el alma circunspecta es frecuentemente cobarde, desconfiada, espantadiza; el alma resuelta, por lo contrario, emprendedora, presuntuosa y temeraria. Lo mismo sucede con las otras cualidades, las que rara vez son enteramente puras, y cási siempre andan mezcladas de bien y de mal.

La sola razon no hará jamás de ellas una perfecta separacion, pues no es bastante sútil para discernir los matices delicados que separan las buenas y las malas cualidades; ni bastante justa para adoptar un medio entre los dos excesos, ni bastante dueña de sí misma para mantenerse constantemente en él: ni menos puede aun conciliar y asemejar dos cualidades que parecen opuestas. Esto no puede ser sino obra de la gracia, cuya luz es infinitamente

mas penetrante y segura que la de la razon, y que alumbrando el espíritu, anima y sostiene la voluntad en una empresa en que se trata de refundir la naturaleza misma del hombre.

Cuando hablo de refundir la naturaleza no debe imaginarse que el carácter se cambia en otro opuesto. El fondo de cada carácter es bueno, ¿para qué, pues, ha de cambiarlo la gracia? Este fondo, pues, permanece; pero desaparece lo que el amor propio le añade de vicioso, y lo que tiene de bueno se perfecciona. Cada cualidad moral pierde lo que tiene de demasía y adquiere lo que le falta: júntase todo en uno, y de su temperamento resulta la virtud perfecta. A mas la devocion eleva á una region á donde no alcanza la naturaleza las cualidades morales, y las comunica un no sé qué de divino, que las ennoblece y santifica.

Por lo tanto es menester confesar que rara vez el trabajo del hombre, por mas que esté ay udado de la gracia, lleva semejante obra á la última perfeccion; y que, aun en los varones mas santos, siempre queda de ordinario algun defecto, ó algun exceso que está asido al carácter primitivo, como puede notarse en los escritos de san Cipriano, de san Gerónimo y de muchos otros.

Pero cuando Dios emprende por sí mismo la obra, y con esta mira toma posesion de un alma, y la pone en la via interior, si esta alma es fiel, el recogimiento habitual; la oracion y las pruebas la purifican radicalmente, y hacen pasar su caracter por un crisol que la limpia de toda mezcla. Esa alma se hace semejante á una cera blanda, puesta en manos del grande Artifice, quien la maneja y labra á su gusto, haciendo en ella unas mudanzas-tan profundas como delicadas. Todo parece sobrenatural en su carácter, en el que no se ve nada de humano; ninguna calidad buena excede ó sobrepuja á

otra, sino que todas andan en perfecta consonancia. Tales han sido san Agustin y san Francisco de Sales. ¡Qué devocion tan amable la suya! ¡qué caridad! ¡qué conformidad! ¡qué admirable igualdad de alma tanto en su vida y en su conversacion, como en todas sus obras!

XXVIII.

Achácase á la devocion que apoca el espíritu. Los que así la baldonan, no la conocen: páranse en las pequeñeces y minuciosidades de ciertos devotos y devotas, y atribuyen á la devocion los defectos de los que la conciben y practican mal.

Supongamos un hombre o una mujer cualquiera, que mira y practica la devocion tal cual la he definido y expuesto; y veamos si les estrechará el espíritu. ¿ Pero á qué cansarse? ¿ Se necesitan por ventura muchas reflexio-

nes y razonamientos para convencerse de que el único fondo de donde pueden sacarse las ideas verdaderas, las ideas grandes y justas sobre los objetos mas interesantes para el hombre, es el de la devocion, la que, á los conocimientos que proporciona la pura y sana razon, añade las luces mas sólidas, mas seguras y mas sublimes de la revelacion? Ninguna cosa es grande sino la verdad, y la verdad es Dios: es todo lo que emana de Dios, y todo lo que tiende y termina en Dios.

¿ Cómo, pues, un espíritu, que en lo que está á su alcance, y es concerniente á sus deberes, mira como una obligacion consultar á Dios, y conformar sus ideas y juicios con las ideas y juicios de Dios, cómo, digo, puede ser apocado? ¿ Por ventura no es Dios « el « Padre de las luces? » No es el Verbo eterno « la luz verdadera que alumbra « á todo hombre que viene á este mun— « do? » Y ¿ se quiere que un espíritu-

mount by Google

que toma á esta luz por regla y por guia se haga pequeño y apocado? No hay absurdo ni contradiccion que pue-

da compararse con esta.

He dicho que la devocion nos instruye de todo cuanto está á nuestros alcances, y en lo que concierne á nuestros deberes; porque no tiene necesidad de extenderse á mas, Acomódase á la capacidad de los sencillos é ignorantes, y les suministra todo lo que basta para conducirse bien. El verdadero devoto, sea cual fuere la extension de su espíritu, y la educacion que haya tenido, tiene siempre mas razon, mas buen sentido, mas penetracion y exactitud, que si no lo fuese. Esto es incontestable, y yo no pretendo mas. Pero, si un hombre de grande ingenio, cultivado por una educacion excelente se da à la devocion; si en sus meditaciones y estudios tiene un espíritu sereno, libre de preocupaciones y pasiones, no buscando mas que la verdad, y buscándola únicamente en Dios, yo sostendré que en sus investigaciones pasará tan adelante, cuanto los límites de su entendimiento púeden permitirlo; que juzgará de las cosas mas dificultosas y delicadas con tanta seguridad cuanta puede esperarse de una razon que no es infalible, y que sus talentos adquirirán todo el desarrollo

de que son susceptibles.

San Agustin era devoto; conocia y practicaba excelentemente la religion: y ¿ era acaso un espíritu apocado? ¿ Se conoce algun otro que haya tenido mas extension, mas elevacion, ni mas profundidad? ¿ Hubiera llegado á adquirir unos conocimientos tan profundos, tan exactos y penetrantes si se hubiese limitado al estudio de la elocuencia, y de la filosofía profana? Juzguemos de ello por lo que nos cuenta él mismo en sus Confesiones. Hasta la edad de treinta años, se habia entregado al estudio de todo género de ciencias, y con un

ardor infatigable había buscado la verdad por todas partes menos en la religion. ¿ La había encontrado? ¿ Su espíritu inquieto había descansado en ella? ¿ La había profundizado y desarrollado, como lo hizo después, cuando habiéndose entregado á Dios, no conoció cási otros libros que las santas Escrituras, y cuando, para entenderlas bien, imploró el auxilio divino por medio de una oración continua?

San Juan Crisostomo era devoto.
¿Marchito la devocion su bello ingenio; y su talento tan feliz para la elocuencia? ¿Por ventura no añadió a él esa nobleza de ideas, esa exactitud de buen sentido, esa profundidad de filosofía que se admira en sus discursos, y de la que ciertamente no fue deudor à las lecciones de Libanio su maestro? ¿Habria sido tal si hubiese seguido a ese sofista que lo destinaba para su sucesor, si los cristianos no se lo hubiesen arrebatado, segun de ello él

mismo de la menta? Comparad locaccritar de uno y otro, y fallad. Podria decir otro tanto de todos los Padres de la Iglesia, que debieron á la devoción el haber sido los mejores ingenios y las lumbreras de su siglo.

La devocion, pues, no solamente no apoca el espíritu, sino al contrario le da toda la extension, toda la solidez, toda la sagacidad de que es susceptible. Esto se presentará evidente, si se considera la naturaleza de los objetos propios de la devocion., la claridad con que nos presenta los demás, las reglas que nos da para juzgar de ellos, los medios que nos proporciona, y los obstáculos que supera. Exceptúo las artes frivolas, y los conocimientos de puro entretenimiento, que la devocion nos enseña á despreciar, ó á lo menos que no permite entregarse á ellos. Después de esto, pregunto si hay una sola ciencia verdaderamente digna del hombre, á la que la devocion, tal co-

mo la he definido, no sea útil y aun necesaria para penetrar sus verdaderos principios, y para seguir y desarrollar sus consecuencias. Abandono esto á las reflexiones de mis lectores. Que recorran la filosofía y todas sus ramas, la lógica, la física, la metafísica, la moral, la economía, la política, la jurisprudencia, y que después me digan si hay alguna que pueda poseerse y tratarse á fondo sin la ciencia de la religion que es su base. ¿ Qué viene à ser la historia, sino un objeto de curiosidad y un simple ejercicio de la memoria si la desprendeis de la Providencia que prepara de léjos los acontecimientos, y que los quiere ó permite para fines que son dignos de ella? Y ¿qué otro espíritu sino el alumbrado por una sólida devocion sabrá mirar atentamente la historia bajo la relacion que ha tenido, y tendrá siempre con la religion? Si el gran Bossuet no huhiese sabido mirarla de este modo, su

discurso ¿ seria tan sublime, tan elocuente y tan instructivo? ¿ Seria una obra maestra del entendimiento humano, así por el plan; como por su ejecucion?

Si, pues, se llama espiritu apocado al verdadero dévoto, únicamente porque es tal, porque ama á Dios, y teme ofenderle; porque respeta á la Iglesia, á sus ministros, sus mandamientos y sus decisiones; porque es escrupuloso y delicado en el manejo de los negocios, y en los medios de hacer fortuna; porque tiene piedad, virtud y probidad, no tengo mas que callar, pues no puedo impedir á los que tienen un interés personal en llamar blanco lo que es negro, y negro lo que es blanco.

XXIX.

La misma devocion que extiende y rectifica el espíritu, ensancha el cora-

zon y eleva los sentimientos. Este artículo no tiene mas necesidad de pruebas que el precedente. Lo que apoca y envilece el corazon es el amor propio, las pasiones, la estimacion y el amor de las cosas terrenas. No hay que buscar otra causa de la dureza, de la bajeza, de la injusticia y crueldad sino el egoismo, que todo lo quiere para sí, todo lo refiere á sí, y hace esfuerzos para reconcentrarlo todo en sí mismo. No me nombraréis un solo vicio, ni un solo defecto que no brote de esta raíz ponzoñosa.

Mas ¿ qué es lo que hace la devocion y qué pretende? Atacar al amor propio hasta en su origen, y perseguirlo hasta extinguirle enteramente, sustituyendo en su lugar el amor de Dios, el del prójimo, y el amor legítimo de sí mismo: restablecer por este medio el corazon en su rectitud primitiva, volver el órden en sus afectos: no sufrir en él ningun sentimiento que no sea de

Rios; v que no tienda á Riom, comunic cándole una anchura, que, haciéndole salir de sí mismo extienda su benevolencia á todos les hombres: comunicarle miras muy superiores á las de la pura humanidad que le interesen en la felicidad v en la desgracia de sus semejantes, inclinándole al alivio de sus males y á felicitarse por sus ventajas como si fuesen propias; inspirarle un noble desinterés, una generosidad modesta y compasiva, desconocida á esa beneficencia fastuosa, que siempre va precedida, acompañada y seguida de la complacencia de sí mismo; volverle finalmente toda la capacidad que recibió del Criador, y que no puede ser llenada sino por la inmensidad divina.

¿ Qué mas pretende la devocion? Volver las pasiones humanas que se disputan, que se envidian, que se arrançan mutuamente unos bienes frívolos y miserables, cuyo goce no puede dividirse, volverlas, digo, hácia su ver-

dadero objeto que solamente puedecontentarlas, y que todas pueden poseer en comun: enseñarlas á no amar, á no aborrecer, á no desear ni temer sino lo que Dios y la recta razon quieren que el hombre ame, aborrezca, desee y tema: moral que fielmente practicada, desterraria del universo todo género de crímenes, y arrancaria, por decirlo así, su raíz del corazon humano.

¿ Qué pretende, en fin, la devocion? inspirarnos disgusto y menosprecio de las cosas de la tierra, mostrarnos su verdadero destino que es proveer á las necesidades pasajeras de esta vida mortal; convencernos de que son hechas para nosotros, y aun para la parte menos noble de nosotros mismos, y que nuestra alma no se hizo para ellas; presentar á esta alma los objetos sólidos, eternos, inmutables, dignos de su naturaleza, y proporcionados á sus deseos; hacérselos gustar, hacerla desear ardientemente su posesion, y en-

señarla los medios seguros de conseguirla.

¡Qué grandeza, qué nobleza, qué elevacion de sentimientos en la persona cuya dedicacion á Dios la ha penetrado de semejantes verdades! y esto sucede, sea cual fuere su condicion y su estado, segun el mundo; porque, respecto de esto, la devocion iguala todas las condiciones, y el pobre en su boardilla es mayor que el monarca en su palacio, si tiene mas piedad. Los honores y las dignidades no le hinchan, la oscuridad y la dependencia no le degradan. No es insolente en la prosperidad, ni abatido en la adversidad, ni orgulloso y desdeñoso, como el filósofo en la medianía. Si está elevado sobre los demás hombres por su estado, no ve en ellos sino iguales, á quienes debe socorro y proteccion. Créese inferior à cualquiera siervo de Dios, y, como piensa que no hay uno solo que no sea, ó á lo menos no pueda ser mayor que él delante de Dios, de aquí es, que en su corazon se coloca el último de todos. Si es de condicion oscura, léjos de envidiar á los que son de otra mas elevada, se felicita y da gracias á Dios por ello. Sí, da gracias à Dios por haber nacido en la indigencia, y, si la gracia le impulsa á ello, se reduce á la pobreza, y aun á la mendicidad voluntaria. Esto lo hemos visto en nuestros dias: y este rasgo de grandeza de alma, para quien sabe apreciarlo, ciertamente no es uno de los mas pequeños triunfos de la devocion. Si tiene superiores, à Dios es á quien respeta, á quien ama y á quien obedece en ellos, y su servicio no tiene nada de vil á sus ojos. En una palabra, pues que no quiero agotar esta descripcion, si tiene el corazon verdaderamente tan grande que está ya sobre todo lo criado, y no conoce ninguna cosa superior y eminente sino á solo Dios, este es el verdadero devoto.

XXX.

Parece que nada falta al retrato de la devocion, y aun que excede en mucho la idea que comunmente se forma de él. Con todo aun tengo algunas pinceladas que darle.

El verdadero devoto es un hombre que no pertenece ya al tiempo. Desde el momento en que se consagra á Dios es transportado á la region de la eternidad, y no piensa sino en ella, no con espanto, sino con alegría como á su verdadero destino; todo lo mira con relacion á la eternidad; tiene de continuo presentes en su imaginacion estas palabras de un Santo: «¿ Qué tiene « que ver el mundo con la eternidad?» ¿Qué me importa lo que pasa? No estoy en este mundo sino como en un lugar de prueba: vine á él para aprender lo que debo practicar eternamen-

Google , Google

te. Estoy destinado á amar á Dios, y á ser feliz para siempre poseyendo á Dios, y este es mi fin. Este número incierto, y muy reducido, de dias que pasan por mí sobre la tierra, no se me ha concedido sino con el fin de amar á Dios por eleccion, para merecer amarle para siempre á título de recompensa. Todo debe ser para mí acá abajo un ejercicio de amor. Pero el amor no aspira sino á dar, á sacrificar, á sufrir por lo que ama y á inmolarse á su beneplacito: no tengo, pues, otra cosa que hacer que esto: hé aquí el empleo de todos los instantes de mi vida.

Aquel á quien amo todo lo merece, y todo lo espera de mí. Él me amó con un amor eterno, con un amor gratúito y desinteresado, con un amor al cual nunca podrá acercarse el mio por excesivo que sea. Por precio de su amor me pide el mio, y aun cuando no me hubiese amado antes que yo á él, cuando no me prometiese ninguna recom-

pensa, tendria todavía mil títulos para amarle.

La voluntad de Dios es la única regla del verdadero devoto. En todo cuanto le sucede, no ve sino la voluntad de Dios, no se aficiona sino á la voluntad de Dios, la bendice por todo, siempre contento, con tal que esta voluntad se cumpla. Está intimamente persuadido de que Dios nada quiere, ni permite nada que no se convierta en bien de los que le aman; todo cuanto viene de su mano (que es todo, excepto el pecado) es un beneficio para ella, sobre todo las cruces, á causa de la semejanza que le dan con Jesucristo, jefe y modelo de las almas dedicadas á Dios.

Todo le sirve para unirse mas y mas à aquel à quien ama; y hasta los obstàculos se le cambian en medios; ninguna cosa le detiene; todo lo vence; todo lo fuerza; quita todos los embarazos que le impiden juntarse à Dios, espíritu à espíritu, corazon à corazon.

La union divina es el móvil de todas sus acciones, y el centro de todos sus deseos. Así todo cuanto ama, no lo amá sino en Dios y para Dios.

No se crea por esto, como algunos falsamente se imaginan, que su corazon sea indiferente é insensible. No hay otro alguno mas afectuoso, mas tierno, mas compasivo, mas generoso ni mas agradecido que el del verdadero devoto. Su amor para con el prójimo está modelado sobre el amor infinito de Dios, y no es mas que una extension del que tiene à Dios. Su amor del prójimo es un amor sólido, amor delicado, amof preventivo, amor que ninguna cosa le disminuye, y que al contrario se aumenta con aquello mismo que parece debiera apagarlo. Esto no impide que, en un sentido muy justo, Dios no sea todo para el verdadero devoto, y que todo lo demás sea nada para él; porque Dios es su único bien, el términé de sus afecciones, las que no hacen mas

que pasar por las criaturas para fijarse en Dios.

XXXI.

Pero veamos mas particularmente qué conducta inspira la devocion respecto del prójimo; porque este es un punto sobre el que mas injustamente se la ataca, y es necesario vindicarla de la malignidad de sus censores.

Digo, pues, que en lo que pertenece al prójimo la devocion tiene todos los caractéres que san Pablo atribuye á la caridad, pues que ella no es otra cosa que el ejercicio de la mas pura caridad. Suplico al lector que me siga aquí en el desarrollo de estos caractéres; que haga la aplicacion en los devotos que él conoce, y que haga justicia á aquellos en quienes los verá briilar, á pesar de algunas sombras que en ellos mezcle contra su voluntad deliberada la flaqueza humana.

Digo, pues, que el verdadero de-

voto es paciente, que todo lo sufre y todo lo aguanta de parte del prójimo. Este sufrimiento es una de las cosas mas necesarias en el comercio de la vida humana, y en la que mas se ejercita, porque es de un uso continuo, y el que mas contribuye á mantener la paz doméstica. Pues en el interior de las familias, y respecto de las personas con quienes se vive habitualmente es cuando se necesita mas; un marido y una mujer respecto el uno del otro; un amo respecto de sus criados; los padres respecto de sus hijos, y en general los que viven juntos, ó que tienen entre sí frecuentes relaciones, las que dan lugar al genio, al humor, á mil pequeños defectos naturales á que se muestren tales cuales son; me atrevo á decir que es mas fácil tener paciencia en las grandes ocasiones, en que sostienen los motivos de religion, y el temor de ofender á Dios nos hace estar atentos, que no perderla ó á lo menos no dar á entender algun género de incomodidad en el gesto ó en las palabras, y en qué sé yo cuántas ligeras ocasiones que se ofrecen á cada instante, contra las cuales no tenemos cuidado de precavernos, y en que las faltas que se cometen no parecen de consecuencia. Con todo, la falta de sufrimiento tiene alguna vez muy tristes resultados. La imaginacion se enardece, y nos abulta algunos defectos que en sí son muy poca cosa; el humor se agria; de la simple repugnancia se pasa á la aversion; va no pueden verse mas, ni sufrirse dos que antes eran amigos : todo choca; de las palabras se pasa á los malos procederes, los escándalos y á las enemistades declaradas. La cosa en sus principios era nada; pero el mal finalmente se hace incurable. En estos casos la devocion sirve mucho, enseñándonos á sufrir las miserias de otro, del mismo modo que queremos se excusen las nuestras.

Es benigno y lleno de bondad; siempre inclinado á obligar: sus bienes, su tiempo, sus talentos, su crédito mas que suyos son de los otros. A cualquier instante que se le busque, cualquier servicio que se le pida, luego que es dueño de sí, está dispuesto á hacerlo; todo lo deja; sacrifica sus mismos ejercicios de piedad, cuando así lo exige el interés del prójimo. No conoce esas vanas ofertas, esas excusas, esas evasivas tan usadas en el mundo, en que, con tal que nada cueste, se demuestra buena voluntad, y se procura hacerlo creer por medio de apariencias. Sus ofertas son sinceras; es esclavo de sus promesas; y cuando tiene que excusarse es de tal manera que llega á persuadir que es para él una verdadera pena no poder conceder lo que se le pide.

De el solo puede decirse que no es envidioso; que ve con tanto, y aun con mas placer la prosperidad ajena que la

propia; que no tiene envidia ni á los talentos, ni al feliz resultado de las operaciones de los otros, ni á los aplausos, ni á las recompensas que reciben. Y ¿ cómo podria envidiarles aquello que ni siquiera desea para sí mismo? Al contrario, él es el primero en reconocer el mérito ajeno, en alabarlo, en manifestarlo y en hacerlo valer. Tampoco tiene celos de su virtud, ni de su santidad, ni de las gracias que Dios le hace, á pesar de que son los únicos bienes á que aspira. ¡Cuán raro es estar del todo exento del sentimiento bajo de la envidia, tan natural por otra parte al hombre, y del que sola la devocion le exime !...

Nada dice ni hace fuera de propósito, á la ligera, ó inconsideradamente: cosa que es de tanta importancia, y que tantas consecuencias tiene en la sociedad. Muy superior en este punto á la urbanidad, que no salva sino el exterior, la devocion extiende esta res

gla á los juicios y afectos de donde parten las demostraciones exteriores, de las que uno no es siempre dueño, cuando no hace atencion en lo que pasa en lo interior.

Léjos de hincharse por las ventajas temporales ó espirituales que le distinguen de los demás, el verdadero devoto ni siquiera fija en ellas su atencion; ó bien, si piensa, no halla mas que motivos de humillarse; en lugar que el falso devoto hace sin cesar una secreta comparacion de sí mismo con los otros, para darse la preferencia y felicitarse de no ser como los demás hombres. En cuanto á él, no trata mas que de olvidarse de sí mismo, y los juicios que forma de su persona no tienden sino al propio menosprecio. Aquí está su sentimiento mas íntimo.

Nadie está mas léjos que él de la ambicion. Cuanto lisonjean á otros las distinciones y preeminencias, tanto á él le repugnan y fastidian: y piensa tan

poco en elevarse, en sobrepujar à los otros y en mandar, que muy al contrario, no gusta sino de rebajarse, de escoger los últimos puestos y de obedecer. Aun está mas exento de la ambicion espiritual, persuadido de que es mas peligrosa, y mas odiosa á Dios y á los hombres que la otra: ahoga en su corazon hasta el mas pequeño gérmen de ella, y no deja parecer al exterior cosa alguna que pueda hacer concebir la mas mínima idea ventajosa de sí mismo.

No busca los propios intereses, porque siempre está dispuesto á sacrificarlos por el bien de la paz, y por conservar la caridad. Su grande, su único interés es correr bien con todos. No salte qué cosa es enojo, palabras ásperas, ni humor contradiciente, porque la dulzura acompaña á todos sus discursos, y reina en todos sus procederes. Gusta mas de ceder, aun cuando tenga razon, que de sostener con

cator su modo de pensar. Nada le lastima, nada le ofende, nada le irrita: diríase que es insensible, y que nada advierte, y esto, aunque por otra parte tenga el sentimiento muy delicado; y nada se le escapa que sea fuera de propósito.

Mientras que el falso devoto se escandaliza y da una siniestra interpretacion á todo, el no piensa mal, y todo lo interpreta bien; poniendo todo su ahinco en mirar y presentar las cosas por el lado favorable, disminuyendo las culpas verdaderas, y justificando la intencion cuando no puede excusarse las acciones. Como él no tiene malignidad, tampoco la sospecha en los otros; y para creer el mal, es preciso que le fuerce á ello la evidencia.

XXXII.

La urbanidad mundana no es mas que disimulo: el mundo no da mues-

Google , Google

tras de estimacion y amistad sino por ocultar mejor su frialdad y menosprecio; indiferente hasta para los mismos que parece son el objeto de sus caricias, y con frecuencia queriendo mal à aquellos, cuyos intereses afecta mas vivamente desear. El verdadero devoto ama sin ficcion; descubre en su rostro lo que tiene en su alma, y su lengua no expresa sino lo que siente. Su carácter es la cordialidad, virtud tan preciosa, y que el mundo tiene desterrada de su comercio, conservando solamente sus apariencias.

No espera que le prevengan; el previene á los otros con señales de honor; olvida las atenciones que le son debidas, y no piensa mas que en las que su caridad le dicta para con el prójimo. Con todo, esto no quiere decir que no sepa sostener su dignidad cuando es necesario, y mantener los derechos de su rango; pero lo hace sin altanería, sin pretensiones, ni delicadeza excesiva;

y por esta razon hay menos tendencia á disputarle lo que le es debido.

La urbanidad no da sino para recibir, y si en alguna ocasion hace ofrecimientos no es sino para que se los vuelvan en otra. Mide y aprecia sus cortesías, y à lo menos exige otras tantas atenciones cuantas son las que demuestra, temiendo siempre que no se le falte, ó que no se aprecie lo bastante lo que ella hace. No sucede así con la devocion. Sin derogar nada de lo que pertenece á la condicion y estado, sabe mostrarse afable, graciosa y preveniente; se humaniza, se amansa, se reduce, se nivela con aquellos con quienes conversa; sus demostraciones son francas, naturales, sin interés, sin mira alguna que tienda à si mismo.

La compasion humana muchas veces no tiene sino palabras, y, á lo mas, sentimientos estériles: es parcial, inconstante, no tiene mas que el primer

· Google

impetu, y presto se agota. Algunas veces los mismos males que presencia, por ser tan excesivos, le inspiran mas bien horror que compasion; y, si los alivia, no es mas que por un mero movimiento del corazon, y volviendo los ojos á otra parte. Es muy comun hacer afectacion de humanidad sin ser humano, practicar el bien solo por ser visto; de modo que manifestando para este fin la miseria oculta del prójimo, mas de una vez obliga al miserable que se ha confiado á ella á que se arrepienta.

La devocion no cae en ninguno de estos defectos, porque su compasion se extiende á todos los infelices; en su corazon toma parte en sus males y en sus necesidades como si fuesen propias, y las alivia eficazmente, cercenando lo superfluo y aun lo necesario. Ningun género de miseria la desalienta; y cuanto mas es extrema esta miseria, tanto mas procura socorrerla. Acompaña sus

limosnas de un aire de interés, de sensibilidad y de ternura que mueve, consuela y arrebata el ánimo de los afligidos. Llena de miramientos por la indigencia vergonzante, la adivina, la ahórra el embarazo de explicarse, con frecuencia le deja ignorar la mano que la asiste, y lo hace con tanto secreto que nadie llega á percibirlo, sin que jamás se le escape una sola palabra sobre el particular.

La caridad hace propias al verdadero devoto las disposiciones interiores del prójimo. Se goza, segun el consejo del Apóstol, con los que están gozosos, y llora con los que lloran. Su alma se reviste de los sentimientos de los que se le acercan, y se afecta de lo que les mueve: y no es esto un puro fingimiento, ni lisonja, ni simple cumplimiento; sino un interés verdadero y profundo de un hermano que toma parte en los bienes y males de sus hermanos, y los mira como propios.

Finalmente, si por una parte se considera lo que la humanidad, la educacion y la urbanidad pueden proporcionar de útil, seguro, dulce y agradable en el comercio de la vida humana; y por otra los bienes que proporciona la devocion bien practicada, y los que podria aun proporcionar si estuviese mas generalmente extendida, será preciso confesar que todas las ventajas están de su parte, y que ni siquiera puede compararse lo uno con lo otro. Al verdadero devoto es á quien conviene el elogio de la Escritura, de ser amado de Dios y de los hombres, porque sirve á Dios de un modo digno de Dios, y hace á los hombres todo el bien que depende de él; y, si no es siempre amado de ellos, es porque son malos, envidiosos, ingratos, y porque desconocen la virtud y no le hacen justicia.

más provienen de la devocion los fraudes, las malversaciones, las injusticias, las violencias, los abusos de la autoridad, la negligencia, el poco trabajo, y todos los resultados de una ignorancia culpable. Todo el bien que se hace debe atribuirse á ella; todo mal le es extraño; y por consiguiente es contra toda equidad hacerla de él responsable. Hé aquí á bulto lo que es el verdadero devoto con respecto al prójimo y á la sociedad.

XXXIV.

Por lo que á él toca personalmente, la devocion le hace feliz con la sola y verdadera felicidad que pueda gustarse sobre la tierra; jamás ha sucedido que un verdadero devoto haya tenido motivo de arrepentirse de haberlo sido, ni tal sucederá jamás. Pero me dirán que el devoto se aborrece, se menosprecia, se hace á sí propio la guer-

ra, v renuncia á sí mismo. Lo confieso; pero en esto mismo es en donde él encuentra la paz, la igualdad de alma y la alegría. Es cosa cierta, que nos enseñan la razon y los principios de la fe, y que está demostrada por una experiencia constante y universal, que los bienes de este mundo, sus riquezas, sus honores, y sus placeres no pueden contentar al alma, y no hacen mas que irritar su apetito sin saciarlo; que las pasiones son el principal orígen de las desgracias que oprimen al género humano; y que para los males inevitables de esta vida, ninguna otra filosofía sino la de la religion puede ayudarnos á sobrellevarlos, y enseñarnos el uso que debemos hacer de ellos.

Es igualmente muy cierto, y nos lo demuestra la experiencia, que siendo Dios el único bien del hombre, debe ser la devocion el verdadero y solo principio de su felicidad; porque ella es la que le acerca á Dios, y tiende

incesantemente á unirle á él; que ella le preserva del pecado que es su mai supremo; que le garantiza de las desgracias que son obra de sus propias pasiones; que, respecto de los otros males, ya sean naturales, ó causados por la injusticia ó malicia de sus semejantes, ella le enseña á superarlos por medio de la paciencia, y aun á sacar de ellos maravillosas ventajas; que, por lo tocante á las tentaciones, pruebas, y otras penas sobrenaturales, le persuade tambien que estos no son males, sino verdaderos bienes que son remedios que expian sus pecados, ó le preservan de ellos, que son ocasiones de practicar la virtud y medios que le santifican, y le disponen para la divina union. De este modo la devocion eleva al hombre sobre todos los accidentes humanos, sobre todas las vicisitudes de la vida espiritual, sobre sí mismo, y le establece en una paz inalterable. Por otra parte, Dios que es rico en

, Dien que en acce en

misericordia, y que nunca deja vencerse en liberalidad, se dedica, si es lícito hablar así, á aquel que le está dedicado; le trata como á hijo; le cuida como á la niña de sus ojos (expresion de que se sirve él mismo); le prodiga sus socorros, sus consuelos, sus favores, en una palabra, se aplica á convehcerle por medio de testimonios los mas irrecusables y los más íntimos de que todo se gana sacrificándoselo todo. y que la suprema dicha de la criatura no se encuentra sino en la pérdida de todo otro bien y de sí misma, para asegurarse la posesion del bien infinito.

No me acuseis aquí de mentira ni de exageracion: al contrario creed firmemente que todo cuanto llevo dicho es menos de lo que es en sí mismo. En apoyo de esta verdad teneis la deposicion unánime de los Santos Padres: consultadlos. Teneis sus escritos, leedlos, y veréis si dicen menos que yo. No hay uno solo entre ellos que no haya tes-

tificado que era feliz sirviendo á Dios, que antes no habia podido conseguirlo, y que es el único medio de serlo.

Si me decís que vosotros no gozais de esta felicidad, á pesar de que llevais va muchos años de servir á Dios, esto consiste en que no le servis con la misma devocion que lo hacian los Santos; consiste en que en la vuestra hav bastante negligencia, flojedad y reserva; consiste en que os buscais á vosotros mismos, en lugar de buscar à Dios, y en que el amor propio tiraniza vuestro corazon por medio de temores. de deseos, de vanos pesares y de falsas prevenciones; por medio de murmuraciones y rebeldías interiores, y por las resistencias que él opone en vos al reino del amor de Dios.

XXXV.

Si me pedís un modelo de la mas perfecta devocion, qué otro podré pro-

poneros sino aquel, que nos fue dado á todos en la persona de Jesucristo? Escuchad á este divino Maestro; estudiad su conducta, pues no vino á la tierra sino para enseñarnos en qué consiste, ó qué cosa es dedicarse verdadera y enteramente á Dios. Todas las lecciones de su celestial doctrina se reducen á esto; y toda su vida no fue sino una dedicación la mas absoluta practicada del modo mas excelente.

En el mismo instante que entró en el mundo, se dedicó á Dios su Padre en calidad de víctima, para reparar los ultrajes hechos á su gloria, y reconciliar con él al género humano. Desde este momento, le fue ofrecida la grande y pesada cruz que debia llevar, cruz que abrazaba todo el curso de su vida, y debia ir en aumento haciéndose mas dura é insoportable desde el pesebre hasta el Calvario. Nuestro divino Salvador reunia en un grado incomprensible todos los géneros de sufrimientos

y de oprobios que puede llevar una alma sostenida con toda la fuerza de la divinidad; ella debia sufrir todos los azotes de la divina justicia, é igualar y aun sobrepujar todas las penas debidas á las enormes, é innumerables iniquidades de los hombres. Su alma infinitamente ilustrada con la luz divina, midió la extension de esta cruz, conoció distintamente todos sus rigores, previó y presintió sus inexplicables tormentos, y la aceptó con toda la sumision, con todo el amor, y toda la generosidad de que era capaz un Hombre-Dios. Siempre la tuvo presente en su espíritu ; siempre fue muy cara á su corazon; apresuró continuamente por medio de sus deseos la consumacion de su sacrificio; y la vehemencia extremada de estos deseos fue tal vez el mayor de sus tormentos. Porque, por grandes que hayan sido estos, su amor iba iacomparablemente mas allá, y le hacia desear, sufrir aun mas, si fuese

posible, para gloria de su Padre y para nuestra salvacion.

Hé aquí el sublime, el divino modelo de la dedicacion: hé aqui la expresion mas justa, la sola verdadera de lo que Dios merece de nuestra parte, y del servicio que le debemos. Solo, pues, mirando á esta maravillosa dedicacion se digna contentarse de la nuestra tan débil; tan imperfecta y tan indigna de su suprema majestad. Nuestra dedicacion por grande que sea, y pueda concebirse, no tiene de sí misma precio alguno; es insuficiente para expiar la mas ligera de nuestras faltas, y para, merecernos el mas pequeño grado de gloria, No ha habido jamás sino una sola dedicacion que fuese agradable á Dios por si misma, que es la de Jesucristo; Dios no acepta mas que esta, ni mira mas que á esta, de la que la nuestra toma todo su valor.

Levantemos, pues, nuestros ojos á este perfecto y único ejemplar, y pe-

netrémonos ante todo de esta gran verdad, que Dios es de tal manera superior á nosotros, ó por mejor decir, que Dios de tal modo es todo, y nosotros de tal modo somos nada, que nos es imposible aun por la dedicacion mas extensa y mas generosa que se puede imaginar, no digo solamente de llegar hasta donde tiene él derecho de esperar de nosotros, sino ni siquiera de poder hacer nada que atraiga una sola de sus miradas, y nos haga dignos de la mas ligera demostracion de su benevolencia.

En seguida, después de habernos humillado y anonadado profundamente, roguémosle que nos inspire por sí mismo un acto de dedicacion que se digne aceptar, que nos conceda que este acto sea producido por todo el amor de que es capaz el corazon del hombre, y que nos sostenga por la fuerza de su gracia, en el cumplimiento fiel y constante de todos los sacrificios que en él

se encierran. En fin, por lo misme que no somos sino una nada por lo que hace á nuestra naturaleza, y no mas que pecado por lo que hace á la voluntad, y que en nosetros no hay bien alguno que no sea un don de Dios, unamos nuestra dedicacion con la de Jesucristo; conjuremos á este divino Salvador para que se digne comunicarla alguna partecita de los merecimientos de la suya, presentarla á su Padre con la suya, y empeñarle por medio de su todopoderosa mediacion á aceptarla.

XXXVI.

El punto esencial consiste sin duda en concebir bien el acto de dedicacion, y en formarle dentro del corazon con absoluta y entera voluntad: porque todo depende de conocer la naturaleza y las cualidades del empeño que contraemos para con Dios; y de abrazar con generosidad todas sus obligaciones. Puede muy bien decirse aquí que este buen principio es la mitad del todo.

Pero esto no es mas que la mitad; es menester venir à la ejecucion, y saber cuáles son los medios de conseguirlo. No satisfaré plenamente ahora à esta cuestion. Esto será materia de otro escrito que seguirá al presente, bajo el título de Máximas espirituales, en el que espero decir lo bastante para poner à los principiantes en camino. Con todo, propongo aquí tres medios generales, los que llevarán muy léjos à los que los pongan en práctica.

El primero es tener siempre presente en el espíritu su dedicacion, á imitacion de Jesucristo. El instante en que uno se dedica, sea en la oracion, sea en la comunion, es un momento de fervor y de gracia fuerte y sensible. El alma entonces, por decirlo así, es levantada de sí misma, y transportada en Dios. Pero este momento pasa presto; el fervor decae; la impresion sen-

sible de la gracia se disipa, y el alma vuelve en sí, y entra en su estado ordinario. Mil cuidados inevitables que la disipan, la harian perder de vista el empeño que acaba de contraer, si no tuviese cuidado de traerlo á la memoria, de renovarlo, y de hacer de él un recuerdo habitual. Este recuerdo la despierta, la sostiene, reanima su languidez, excita su ánimo, confunde su cobardía, y es al mismo tiempo un freno que la detiene, y un estímulo que la hace adelantar.

El segundo medio es portarse en todo, á ejemplo de Jesucristo, como una
persona dedicada á Dios: á saber, no
disponer mas de sí mismo, no formar
miras ni proyectos, sean de la naturaleza que fueren, sino dejarse entre las
manos de Dios, y no emprender nada
sino por la inspiracion de su gracia.
Y como Dios no falta en hacer conocer
su voluntad al alma que está determinada á cumplirla, no debemos permi11*

tirnos ni temor, ni deseo sobre otros objetos que los que son materia de nuestra dedicación; temiendo sin cesar todo lo que podria apartarnos de ella, y deseando ardientemente ser siempre fieles á ella. Y, en adelante considerarse como quien está bajo la solicitud especial de la Providencia; abandonar á Dios el cuidado de nuestro interior, sin inquietarnos, sin reflexionar demasiado sobre nuestro estado y sin buscar curiosamente las razones delo que nos sucede; recibir con igual reconocimiento lo que nos consuela, y lo que nos aflige, lo que nos perturba, y lo que nos tranquiliza, lo que nos contradice, y lo que nos acomoda, lo que nos abate, y lo que nos ensalza; creer sin titubear que Dios no tiene otra mira en todo sino nuestro mayor bien, y que, con tal que nos mantengamos unidos y sumisos á su voluntad, las cosas mas contrarias en la apariencia se convertirán en ventaja nuestra.

· Google

No es cosa de un dia, sino de toda la vida el ejercicio de dejarse llevar de este modo en todos los acontecimientos, ya sean temporales ya espirituales. Uno es aprendiz mucho tiempo en esta ciencia antes de llegar á ser maestro, y no llega á hacerse hábil sino después de muchas faltas reiteradas por las cuales se humilla y se corrige. Pero es indispensable entrar desde luego con esta disposicion general, sin la cual no hay verdadera práctica de la dedicacion.

El tercer medio es tener siempre los ojos fijos en Jesucristo, para copiarle y hacerle patente en nuestra conducta interior y exterior; suplicarle que dibuje por sí mismo en nosotros su imágen; y ponernos en su mano como una tela inmóvil y bien extendida, dispuesta á recibir todos los rasgos de este adorable original, al cual él añade en seguida los colores, y las pinceladas

mas delicadas, cuando nosotros no ponemos en ello ningun obstáculo.

Así como Dios hizo el mundo material por medio de su Hijo, del mismo modo hace por él el mundo espiritual y sobrenatural; y este mundo no llega á ser tal cual debe, sino por la semejanza con Jesucristo. Los Santos del Antiguo Testamento lo figuraron; los del Nuevo no tienen otro modelo, y cuando todas las facciones del Hombre-Dios habrán sido copiadas en los escogidos, segun los designios del Padre eterno, entonces el universo se acabará. A los que, dice san Pablo, Dios conoció en su presciencia, á estos tambien predestinó para ser hechos conformes á la imágen de su Hijo.

FRAGMENTO

DEL MISMO AUTOR

SOBRE LA DEVOCION.

MAXIMA.

Ya te ocupes en la accion, O descanses en reposo, Sea sencillo tu ojo, Sea recta la intencion; Porque toda devocion, Que de lo recto desvia, O la sencillez no guia, Tenla como perdicion.

Si tu ojo fuere sencillo, dice Jesucristo, todo tu cuerpo será luminoso. Todos los Santos Padres han explicado esta parábola de la pureza de intencion, y entendieron que si nuestras miras son puras, nuestras acciones serán tambien san-

tas. Porque como el ojo es la guia, y en cierto sentido la luz del cuerpo, cuyos movimientos alumbra y dirige: del mismo modo la intencion es la luz del alma, que la guia en sus acciones, á las que da el ser de buenas ó malas, ó las hace morales. Y supuesto que la santidad de las acciones depende de la pureza de la intencion, no hay cosa alguna de que importe mas asegurarnos; pero al mismo tiempo no hay cosa mas difícil de conocer.

La intencion es lo mas profundo que hay en el corazon humano. Así para distinguirla en cuanto sea posible, es menester estar acostumbrado á hacer reflexiones sobre sí mismo, á pedirse una cuenta exacta de sus motivos secretos, y á penetrar hasta los mas ocultos pliegues del alma; cosa practicada por muy pocos y que no puede hacerse en las cosas sobrenaturales sino con la ayuda de la divina luz, que es necesario imploremos sin intermision.

La intencion es lo que mas procura disfrazarnos el amor propio por causa del interés que en ello tiene; y por desgracia lo consigue con demasiada frecuencia. Cada uno se engaña á sí mismo y se hace ilusion en una infinidad de cosas, y aunque no se engaña sino en lo que le acomoda, con todo se hace esto con tanta sutileza que apenas lo advierte el engañado. Pocas personas hay de buena fe consigo mismas; y nosotros somos los primeros de quienes debemos desconfiar. Es menester por consiguiente precaverse contra las astucias del amor propio, que en materias de piedad son mas ingeniosas que en otras. ¿Y quién hay que esté continuamente sobre aviso contra este enemigo?; Quién se garantiza, no digo siempre, sino ni con frecuencia de sus sorpresas? mon r. a de contractos

Si para conocerse á fondo es necesario discernir el verdadero motivo de los propios procederes, y si, siendo profundamente malos y corrompidos, tenemos tantas causas para disimulárnoslo y ocultárnoslo, ¿cuán raros serán los hombres y en particular los cristianos que tengan un verdadero conocimiento de sí mismos? ¿Quién es el que no se lisonjea de alguna virtud que no tiene, ó que confiesa todos los vicios y defectos que tiene? Y ¿ de dónde provienen todos nuestros errores en este punto, sino de disfrazar nuestros propios motivos é intenciones?

Por decirlo mas breve, nosotros no somos conocidos perfectamente sino de Dios solo; y esto en el punto mas esencial, á saber, si somos ó no á sus ojos dignos de amor ó de odio. No podemos aun decir con certeza si una sola de nuestras acciones le es agradable. Estarémos en esta ignorancia durante toda nuestra vida, y por lo mismo nos será siempre imposible poder fallar con entera certeza sobre la pureza de nuestras intenciones. Porque si estuviése-

mos seguros de que son puras, lo estaríamos tambien de su santidad, y por una consecuencia necesaria de que estábamos en estado de gracia. Por esta razon debemos decir siempre con David: Purificadme, Señor, de mis faltas ocultas (Ps. xviii, 15): y este santo Profeta justamente exclamaba: ¿ Quién es el que tiene un entero conocimiento de sus pecados? ¡Verdad bien aflictiva en sí misma, y muy desolante para el amor propio que siempre busca en todo seguridades! Pero en los designios de Dios, solamente debe servir para humillarnos, y no para desesperarnos. Si no puede llegarse en este punto á una certeza indudable, á lo menos se puede, ejercitándose y dirigiéndose à Dios, tener sobre esto una certeza moral, que basta para tranquilizarnos; pero tampoco debemos omitir cosa alguna para procurárnosla.

¿ Qué cosa es, pues, la pureza de

intention? Es una mira que tiene á solo Dios por objeto, y que no está mezclada de ningun propio interés. La intencion por no ser pura, no es siempre formalmente mala: porque sucede con frecuencia que la intencion principal es buena, pero manchada por una intencion accesoria que se junta á ella. Un ministro del Señor, por ejemplo, en sus trabajos apostólicos, quiere principalmente la gloria de Dios; pero no es insensible á los aplausos humanos; este basta ante los ojos infinitamente puros de la Divinidad, para que su primera intencion, y la accion hecha en seguida, no sean del todo santas, ni queden al abrigo de toda repression.

Ya que somos cristianos imperfectos juzguemos per aquí el mal imperceptible que se insinúa en cási todas nuestras acciones. No entraré en pormenor alguno, porque esto me conduciria demasiado léjos. Pero ¡cuán distantes estaríamos de toda vana complacencia,

srestu victorios bien penetrados de esta verdad! Y esto es lo que Dios pretende; porque él no nos salva sino por la humildad, y no por la confianza en nuestros méritos. Los Santos que estaban bien persuadidos de esto, temblaban, como Job, en todas sus acciones; y san Agustín exclamaba con motivo, aun de su misma madre santa Mónica: ¡Oh Dios mio! ¡ay de la vida, aun la mas loable, sì Vos la analizais sin misericordia!

Y ¿ qué conviene hacer para adquirir esta preciosa pureza de intencion? Estar siempre alerta sobre los motivos que nos impulsan à obrar, à fin de apartar no solo los que son evidentemente malos, sino tambien los que son imperfectos. Mas nosotros no separamos lo que hay de imperfecto en nuestros motivos sino à medida que avanzamos, y que nuestras luces espirituales se aumentan. Dios no acrecienta estas luces sino progresivamente, segun el buen uso que observa que ha-





cemos de ellas; las proporciona á nuestras necesidades presentes, y al grado actual de pureza que exige de nosotros; y á beneficio de ellas observamos con el tiempo en nuestras intenciones ciertos defectos, que al principio no se percibian, y que el mismo Dios apartaba de nuestra vista. Porque ¿quién es el principiante que, por buena voluntad que tenga, pudiera soportar la vista de las acciones que él juzga mejores, si Dios se las mostrara tales como él mismo las ve? Habria motivo para caer en el mayor desaliento. Dios ha concedido esta gracia á algunos Santos, y á favor de ella concibieron el mas profundo menosprecio de sí mismos: pero no todos son capaces de sobrellevar tamaños favores.

Para darme á entender mejor, quiero poner un ejemplo de estos modos de ver imperfectos. Dios ordinariamente siembra de flores la entrada de la vida espiritual; derrama en ella sus dulzu;

ras y consolaciones en abundancia, a fin de despegar al alma de todo lo que no es él, y facilitarla los ejercicios de la vida interior, que sin esto la causarian enfado. El alma que nunca habia probado cosa mas deliciosa, se apega fuertemente á ello. Renuncia todas las cosas por gozar de estas dulzuras, se entrega á la oracion y á la mortificacion de los sentidos: no encuentra gusto sino en solo Dios: todo cuanto la aparta de tan dulce compañía la es insoportable. Si Dios se ausenta por algun tiempo, queda desolada, da gritos en pos de él para que vuelva; le busca con inquietud, y no descansa hasta que lo ha vuelto á encontrar.

En esto hay, sin duda, mucha imperfeccion: el motivo es bueno, pues es Dios á quien busca; pero este motivo no es puro, porque busca además las dulzuras espirituales y el gusto sensible de Dios. Con todo, ella no ve entonces esta imperfeccion; Dios mismo

se to oculta', v faltaria á la prudencia el director que se la descubriese. Pero, después de algun tiempo de estar alimentada con esta leche, y después que haya comenzado á tomar fuerzas, las ausencias de Dios serán mas largas, v aun habituales. Entonces una luz, que le será dada, la hará conocer que antes su intencion no era pura; y aprenderá poso á poco á servir á Dios por él mismo y no por sus dones. Esta luz, que al principio le habria sido dañosa, le es útil entonces, y se sirve de ella para purificar sus motivos. Recibe asimismo otra nueva luz cada vez que cambia de estado, que la déscubre las imperfecciones del estado precedente.

Sin fatigarnos, pues, demasiado en examinar las propias intenciones, no se trata sino de aprovecharse de la luz que Dios nos da. Pero es preciso ser muy fiel en consultarla y en seguirla; es preciso desechar sin titubear toda mezcla, cuya impureza nos descubra

la misma luz. Por este medio uno llega por grados á una pureza de intencion mas ó menos grande, segun los designios que Dios tiene sobre nosotros. Porque la pureza de intencion es la medida de la santidad; y esta pureza es proporcionada al grado de luz que Dios nos comunica, y á la fidelidad con que nosotros le correspondemos. Electivamente, Dios no considera nuestras acciones en sí mismas, sino en sus motivos, y de estos sacan ellas todo su mérito. Hé aquí porque la menor accion de la Virgen santa era de un precio mayor á los ojos de Dios que las obras mas relevantes de los otros Santos; porque su pureza de intencion era incomparable.

La simplicidad es absolutamente lo mismo que la pureza de intencion. Así dijo Jesucristo: Si vuestro ojo fuere sencillo; es decir, si vuestra mirada no es doble, y no ve sino un solo objeto que es Dios. Podria, pues, dejar este asun-

te de la simplicidad, y referirme à lo que acabo de escribir sobre la pureza de intencion. Pero es muy à propósito heter ver que la simplicidad, de la que man pocos tienen una nocion exacta, es la perfeccion por excelencia, y la raíz de inda perfeccion. Para esto es preciso remontarse hasta el mismo Dios, y considerarla primeramente en él.

No hay ninguna cosa que sea perfectamente sencilla sino lo que es infinito, ni ninguna cosa infinita sino lo que es perfectamente sencillo. Todo lo que es finito es múltiple ó compuesto. y todo lo que es multiple es finito. En esto no cabe excepcion. Así la perfecta simplicidad no conviene sino á Dios, y por ella se da razon de la infinidad de sus perfecciones. El ser de Dios es inmenso per le mismo que es simple, v es todo en todas las cosas, sin extension ai division. Su eternidad es infinita, porque es simple, no teniendo ni principio, ni medio, ni fin, y exclu-

vendo la idea misma de la duracion, que denota una sucesion de instantes: su poder es infinito, porque es simple, extendiéndose á todo lo que es posible, y cuya existencia no encierra ninguna contradiccion, y ejercitándose sin esfuerzo alguno, por un puro acto de voluntad. Su ciencia es infinita porque es simple, y consiste en una sola idea, que es la idea misma de Dios, en la que él ve todo lo que fue, es y será, y todo cuanto debe permanecer en el órden de las cosas posibles. La esencia misma de Dios es infinita porque es simple; en él la esencia es la existencia; los atributos son una misma cosa entre sí y con la esencia, no distinguiéndose sino por precisiones que nosotros imaginamos segun nuestro débil modo de concebir. En él aun la potencia es acto, y la facultad ejercicio; de modo que el entendimiento divino es un entender, y la voluntad divina un querer eterno. Esto mismo sucede con los atributos

morales. Aunque finitos en sus efectos por respecto á nosotros, son infinitos en sí mismos por razon de su simplicidad: tales son la santidad, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia. El fin que Dios se propone en todas sus obras, es igualmente infinito, porque es simple: esta es su gloria á la cual es necesario que todo se refiera. Los entendimientos ejercitados en reflexionar pueden seguir esta sublime teoría, que yo solamente enuncio.

Siendo, pues, la simplicidad el principal carácter de las perfecciones de Dios, de sus designios, y de sus operaciones; es menester no sorprenderse cuando se dice que ella es tambien la que mas contribuye á la perfeccion de la criatura racional. Por lo que toca á esta no puede tratarse de la simplicidad física, pues que es esencialmente finita, pero es capaz de la simplicidad moral, y á ella debe aspirar con el mayor conato.

Esta simplicidad con respecto á la criatura, se reduce á una sola cosa, que es, no tener mas que á Dios por regla de sus ideas y juicios, por objeto de sus deseos, y por blanco de sus acciones y sufrimientos; y referírselo todo, preferir á todo su beneplácito, no ver y no seguir en todo sino su santa voluntad. Hé aquí una multitud de cosas encerradas en pocas palabras. El alma es verdaderamente simple cuando ha llegado á este amor único de ver á Dios, y entonces está consumada en la unidad. Inefable unidad, que en cierta manera nos diviniza por la union moral la mas perfecta con aquel que es soberana v absolutamente uno. Una á uno decia sin cesar un famoso contemplativo. ¡Qué sentido tan profundo no se encierra en esta tan corta palabra! Expresa toda verdad, toda perfeccion de la santidad, como tambien toda felicidad, de la que es ella el orígen. Dios es uno, y su unidad es tal que no puede

convenir sino á él solo. Es uno, y todo lo atrae necesariamente á su unidad; es uno, y todo lo santifica por la participacion de su unidad; es uno, y todas las criaturas capaces de ser felices, no lo son sino por la posesion de su unidad. Para que, pues, el alma sea santa y feliz, debe ser una por su adhesion de espíritu y de corazon á él, debe ser una para él solo, y una sin ningun retorno sobre sí misma. Si con Dios se mira á sí misma, sea en lo que fuere. por una mirada que la distinga de Dios, ya no es una, ni simple moralmente; sino que es doble, pues que tiene dos objetos; y mientras permanezca en este estado, es imposible que esté inmediatamente unida á Dios: no lo está acá bajo, no lo estará en la otra vida, sino después que el fuego purificante la haya desprendido de toda multiplicidad.

Si aspiramos á la santidad, si aspiramos á la felicidad, aspiremos tambien á la simplicidad y á la unidad. Apli-

quémonos á simplificar nuestras miras ó intenciones, reduciéndolas á la única yista de Dios: olvidémonos de todo por no pensar mas que en él solo: no tengamos otra voluntad que la suya, ni otros intereses que los suyos: no busquemos mas que su gloria, y que su felicidad sea la nuestra. Tal es el estado de los bienaventurados. Nosotros no serémos admitidos á la vista y al goce de Dios, sino cuando estemos en esta disposicion: procuremos, pues, adquirirla mientras caminamos por la tierra, en cuanto somos capaces de ella.

Pero, jay! ¿qué podrémos hacer para adquirir esta sublime simplicidad, cuya sola idea sobrepuja todos nuestros conceptos? Roguemos al Ser infinitamente santo que se digne trabajar por sí mismo para simplificarnos; consagrémonos y dediquémonos á él con esta intencion. Pero cuanto mas obre Dios solo en nosotros, y cuanto mas dóciles seamos á las operaciones de la

gracia, mayores progresos harémos en la simplicidad sin percibirlo, y aun sin querer fijar en ello la atencion.

Simplicidad en nuestro entendimiento del que Dios desterrará tantas preocupaciones, tantas opiniones inciertas, tantas dudas, tantos juicios falsos, para sustituir á todo esto su simplicísima verdad: del que apartará tambien las reflexiones, las prevenciones, las desconfianzas, las sospechas, hijas todas de una falsa prudencia, reduciendo insensiblemente nuestros razonamientos múltiples á una vista de simple inteligencia.

Simplicidad en la voluntad, que no tendrá sino un solo deseo, un solo temor, un solo amor, un solo odio, y un solo objeto de sus afecciones, y que estará aficionada á este objeto con una rectitud invariable, y con una fuerza que nada será capaz de disminuir.

Simplicidad en las virtudes, que todas se concentrarán en la caridad, y se confundirán con ella en cuanto lo permite el estado de la vida presente. Simplicidad en la oracion, que no será por decirlo así, mas que un solo acto que encerrará en sí todos los otros en grado eminente. Simplicidad, en fin, en la conducta, siempre igual, siempre conforme, siempre recta y verdadera, siempre emanando del mismo principio, y rematando en el mismo término.

La rectitud de la que todavía tengo que hablar, no es otra cosa que la pureza de intencion y la simplicidad bajo otro nombre. Así la Escritura, hablando de Job, junta en uno estos dos elogios, y le llama hombre sencillo y de corazon recto (Job. 11, 3). El alma es recta, en efecto, cuando sigue una regla simple, que no varia, que no tuerce, y de la que no se desvia nunca; cuando su direccion es siempre la misma, y que como la línea recta tiende á su centro por el camino mas corto. Este centro del alma es Dios, que la ha dado una

tendencia íntima hácia él; tendencia que, en tanto que ella la conserva, la mantiene en la inocencia y en la paz, y de la que no puede separarse sin caer en el pecado y en la turbacion.

Mas, el alma no se aparta de Dios, sino volviéndose á plegar y á encorvar sobre sí misma, dándose así otro centro y otra direccion: de este modo pierde su rectitud primitiva. El alma recibió un movimiento; y ella misma se imprime otro en un sentido opuesto; lo que, por una continuacion de desvíos, la aleja de Dios y la vuelve á sí misma.

Dios hizo al hombre recto (Eccl. VIII, 30), como dice la Escritura, y vuelto únicamente hácia él, con una secreta inclinacion para acercarse y unirse á él; pero por su imperfeccion hereditaria, el hombre podia tender á sí mismo; tuvo esta tentacion y cayó en ella. De aquí provino el pecado original y sus consecuencias, que dieron una fuerza

prodigiosa á esta tendencia hácia nosotros, á la cual, sin la gracia que nos llama á Dios, no podemos menos de ceder.

No ignoro que mientras el hombre conserva la gracia santificante, no pierde la rectitud esencial, necesaria y suficiente para la salvacion. Pero, cualquier retorno del amor propio, cualquier complacencia, en sí mismo, cualquier pretension de su interés sin subordinacion al interés de Dios, es una alteracion para esta rectitud, es no obrar á derechas, es un desvío tal vez ligero cuyas consecuencias no obstante pueden ser pesadas. El peligro del mas pequeño desvío consiste en dos cosas: la primera, en que no podemos por nosotros mismos volver jamás á nuestra primera rectitud, aunque sea muy poco lo que nos hayamos apartado de ella: la segunda, que no somos dueños de pararnos, ni de llavar este desvío hasta un nunto deter-

PRÁCTICAS ERISTIANAS,

PRÁGTICAS PARA CADA DIA.

- 1.ª Luego de levantado dirás: Ó Vírgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro; y en honor y gloria de vuestra pureza es ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos, y os suplico me alcanceis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amen Jesús. Tres Ave Marias. Dirás un Padre nuestro al santo Angel custodio. —Otro á tu santo Patron. Y otro en sufragio de las almas del purgatorio.
 - 2.ª Oirás misa, si puedes, todos los dias.
- 3.ª Todas las noches rezarás con atencion y devocion una parte del santísimo Rosario.
- 4. Recibirás á lo menos cada mes los santos sacramentos de Confesion y Eucaristía.
- 5.ª Cuando oigas tocar horas, dirás una Ave María, y harás la comunion espiritual.

MODO DE SALUDAR Á MARÍA SANTÍSIMA

y de hacer la comunion espiritual cuando dan las horas y en toda otra ocasion.

Cuando oigas dar las horas, dirás: Ave María purísima, sin pecado concebida: Una Ave María y un Gloria Patri. Y dirigiendo tu corazon hácia el santísimo Sacramento, y aun, si te es fácil, volviendo la cara hácia una iglesia en que esté reservado, dirás con gran deseo defecibirle: ¡Ay Dios mio! ¡ quién siempre de hubiera amado! ¡ quién no os hubiera jamás ofendido ni agraviado! ¡ Ay si yo fuese ahoratan dichoso que os pudiera recibir sacramentado!... Mas ya que no soy digno de ello, dignaos aceptar mi deseo y comunicadme vuestro amor. Así sea.

ESCALERA PARA SUBIR AL CIELO.

En todo lo que hagas y en cada una de las palabras que digas, acuérdate de tu muerte, del juicio, del infierno y de la gloria; y yo te aseguro que no pecarás nunca y que te salvarás.

Escalones de esta preciosa escalera distribuidos en los dias de la semana.

LUNES. — Dirás un Padre nuestro y Ave Maria, y luego con pausa y reflexion repetirás diez veces: He de morir.

MARTES. — Dirás un Padre nuestro y Ave Maria, y luego con pausa y reflexion repetirás diez veces: He de ser juzgado.

MERCOLES. — Dirás un Padre nuestro y Ave Maria, y luego con pausa y reflexion repetirás diez veces: ¡ Ay de mi si me condeno! ¿ de que me habrá aprovechado todo lo del mundo?

Jueves. — Dirás un Padre nuestro y Ave Maria, y luego con pausa y reflexion repetirás diez veces: Breve gozar, eterno penar.

VIERNES. — Dirás un Padre nuestro y Ave Maria, y luego con pausa y reflexion repetirás



dicz veces: Jesús trabajó y murió para zalvarme: justo es que yo trabaje y sufra para zalvarme.

SÁBADO. — Dirás un Padre nuestro y Ave. María, y luego con pausa y reflexion repetirás diez veces: ¡ Ay bienaventurada patria del cielo! ¡ quién sabe si podré alcanzarte!

Domingo. — Dirás un Padre nuestro y Ave María, y luego con pausa y reflexion repetirás diez veces: Cueste lo que costare, yo quiero salvarme.

Rezarás cinco Padre nuestros y otras tantas Ave Marías en memoria de las cinco llagas de Jesús: y siete en reverencia de los siete dolores de María santísima.

máximas que siempre ha de tener presente todo cristiano.

1. Amarás á Dios nuestro Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas.

2.ª 'Amarás á tu prójimo como á ti mismo

por amor de Dios, y le socorrerás.

3.4. Volverás siempre bien por mal, y nunca te vengarás.

4.ª Tratarás á los otros como quisieras que ellos te trataran.

Varios Prelados de España han concedido 1160 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la Li-BRERÍA RELIGIOSA.



i...Goople

